
HARLEQUIN
Bianca
JENNIE LUCAS
HIJO DE LA VENGANZA



HIJO DE LA VENGANZA

JENNIE LUCAS





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Hijo de la venganza, n.º 2546 - mayo 2017
Título original: Baby of His Revenge
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-9720-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Debería despedirte inmediatamente –la reprendió su jefa–. Cualquiera querría tener tu trabajo, ¡cualquiera sería menos tonto!

–Lo siento.

A Laney May Henry se le llenaron los ojos de lágrimas al ver el café caliente en el abrigo de piel blanco de su jefa, que estaba apoyado en el respaldo de una silla. Se inclinó hacia delante e intentó desesperadamente limpiar la marcha con el dobladillo de su falda de algodón.

–No ha sido…

–¿El qué no ha sido? –inquirió su jefa, una condesa nacida en Estados Unidos que se había casado y divorciado cuatro veces–. ¿Qué pretendes decir?

«Que no ha sido culpa mía», pensó Laney, pero respiró hondo. No merecía la pena explicarle que su amiga le había puesto la zancadilla para que tropezase. No merecía la pena explicarlo porque su jefa había visto lo que había ocurrido y se había reído de ella con su amiga al verla tropezar. Para su jefa había sido divertido, hasta que había visto la mancha del abrigo de piel.

–¿Y bien? –preguntó Mimi du Plessis, condesa de Fourcil–. Estoy esperando.

Laney bajó la mirada.

–Lo siento, señora condesa.

Su jefa se giró hacia su amiga, que iba vestida de la cabeza a los pies de Dolce & Gabbana y estaba fumando.

–Es tonta, ¿verdad?

–Muy tonta –respondió la amiga, haciendo un anillo con el humo del tabaco.

–Últimamente es muy difícil encontrar buen servicio.

Laney se mordió el labio inferior con fuerza y clavó la vista en la alfombra blanca. La habían contratado dos años antes para organizar el vestidor de Mimi du Plessis, llevar su agenda y hacer recados, pero no había tardado en darse cuenta del motivo por el que el sueldo era tan bueno. Tenía que estar disponible día y noche y aguantar a la condesa. Llevaba dos años fantaseando con la idea de dejar el trabajo y volver a Nueva Orleans, pero no podía

hacerlo. Su familia necesitaba el dinero y ella quería mucho a su familia.

–Toma el abrigo y sal de aquí. No soporto ver tu patética cara ni un segundo más. Lleva el abrigo a limpiar y más te vale que esté de vuelta antes de la gala de Nochevieja de esta noche.

Después, la condesa se giró hacia su amiga y retomó la conversación que habían estado manteniendo.

–Me parece que esta noche Kassius Black por fin va a dar el paso.

–¿De verdad?

La condesa sonrió.

–Ya ha desperdiciado millones de euros haciendo préstamos anónimos a mi jefe, pero tal y como están las cosas, la empresa de mi jefe quebrará este año. Yo le he dicho a Kassius que si quiere llamar mi atención tiene que dejar de tirar el dinero y pedirme salir directamente.

–¿Y qué te ha contestado?

–No ha dicho que no.

–Entonces, ¿vais juntos al baile de esta noche?

–No exactamente… pero estoy cansada de esperar a que se decida. Es evidente que está locamente enamorado de mí. Y yo estoy preparada para casarme otra vez.

–¿Casarte?

–¿Por qué no?

Su amiga apretó los labios.

–Kassius Black es muy rico y guapo, pero ¿quién es? ¿De dónde viene? Nadie lo sabe.

–¿A quién le importa? –respondió Mimi du Plessis, a la que le encantaba alardear de su árbol genealógico que se remontaba a la época de Carlomagno–. Estoy harta de aristócratas sin dinero. Mi último marido, el conde, me dejó seca. Tengo su título, por supuesto, pero después del divorcio tuve que ponerme a trabajar. ¡Yo! ¡Trabajar!

Se estremeció ante semejante humillación, después volvió a sonreír.

–Cuando sea la esposa de Kassius Black no tendré que volver a preocuparme de trabajar. ¡Es el décimo hombre más rico del mundo!

Su amiga hizo otro elegante anillo con el humo.

–El noveno, gracias a sus inversiones en el mercado inmobiliario.

–Aún mejor. Sé que va a intentar besarme a medianoche. Estoy

deseándolo. Estoy segura de que también sabe cumplir en la cama…

Frunció el ceño al ver que Laney seguía esperando junto al sofá, con el abrigo en las manos.

–¿Y bien? ¿A qué estás esperando?

–Lo siento, señora, pero necesito su tarjeta de crédito.

–¿Mi tarjeta? Será una broma. Págalo tú. Y tráenos más café. ¡Date prisa, idiota!

Laney tomó el ascensor que llevaba al recibidor del elegante hotel Carillon, situado en la calle más cara de Mónaco, llena de tiendas de diseñadores y con vistas al famoso Casino de Montecarlo.

El portero le sonrió con simpatía.

–*Ça va*, Laney?

–*Ça va*, Jacques –le respondió, obligándose a sonreír a pesar de que las oscuras nubes que cubrían el cielo parecían tan cargadas como su corazón.

Acababa de dejar de llover. La calle estaba mojada, lo mismo que los caros coches deportivos que había aparcados en ella. Era finales de diciembre y las tardes de invierno eran cortas, las noches muy largas. El día de Nochevieja era muy popular, sobre todo entre los ricos, que iban en yate a Mónaco y disfrutaban de fiestas exclusivas, hacían compras y comían en los mejores restaurantes del mundo.

Laney se reconfortó pensando que al menos había dejado de llover. No tenía que preocuparse de que se mojase el abrigo de piel. Además, con las prisas se le había olvidado su propio abrigo e iba vestida con una camisa blanca, pantalones anchos y unos zuecos, y el pelo recogido en una cola de caballo. Era el uniforme de los criados. Pero, incluso sin lluvia, el ambiente era húmedo y muy frío, y casi no brillaba el sol. Temblando, agarró el abrigo con fuerza para protegerlo de las salpicaduras de un coche y también para taparse un poco.

No le gustaban los abrigos de piel de su jefa, le recordaban demasiado a las mascotas que había tenido en casa de su abuela, a las afueras de Nueva Orleans. Los perros y los gatos la habían reconfortado durante algunas épocas duras de su adolescencia. Echó de menos su casa. Se le hizo un nudo en la garganta. Hacía dos años que no veía a su familia.

«No lo pienses». Respiró hondo y agarró con fuerza el abrigo, que era grande y pesado. Ella era más bien menuda.

De repente, estaba mirando su teléfono cuando un grupo de

turistas que pasaba a su lado la empujó. Laney tropezó y se vio caer hacia la carretera en cámara lenta, directa hacia un deportivo rojo que iba en dirección a ella.

Se oyó un frenazo brusco y Laney pensó por un instante que iba a morir, con veinticinco años, lejos de casa y de todas las personas a las que quería, atropellada por un coche. Deseó poder decirles a su abuela y a su padre cuánto los quería por última vez…

Cerró los ojos y contuvo la respiración. El coche la golpeó y ella salió volando, y fue a caer sobre algo blando.

Todo se quedó a oscuras y ella hizo un esfuerzo por respirar.

–¡Maldita sea, en qué estabas pensando!

Era una voz masculina, pero no sonaba como ella se había imaginado la voz de Dios, así que no podía estar muerta. Laney abrió los ojos.

Había un hombre inclinado sobre ella, mirándola. Estaba a contraluz, así que no podía verlo bien, pero era alto y tenía los hombros anchos. Y parecía enfadado.

Un grupo de gente se arremolinó a su alrededor y el hombre se agachó a su lado.

–¿Por qué has irrumpido así en la carretera? –le preguntó el hombre, que tenía el pelo y los ojos oscuros y era guapo–. Podía haberte matado.

Laney lo reconoció de repente. Tosió y se sentó. Se sintió aturdida y se llevó la mano a la cabeza.

–¡Ten cuidado, maldita sea!

–Kassius… Black –gimió ella.

–¿Te conozco?

¿Cómo iba a conocerla, si no era nadie?

–No…

–¿Estás herida?

–No –susurró, dándose cuenta de que, sorprendentemente, era cierto.

El abrigo de piel había amortiguado la caída.

–Estás en estado de shock –dijo él, tocándola sin pedirle permiso, como si quisiese comprobar que no tenía nada roto.

Pero Laney sintió calor cuando la tocó. Le ardieron las mejillas, y lo apartó.

–Estoy bien.

Él la miró con escepticismo.

Ella respiró hondo e intentó sonreír.

–De verdad.

De todos los multimillonarios de Mónaco, y había muchos, había tenido que ir a toparse con el que quería su jefa, con aquel hombre misterioso y peligroso. Si la condesa se enteraba de que le había causado algún problema a Kassius Black…

Laney intentó incorporarse.

–Espera –ordenó él–. Respira. Esto es serio.

–¿Por qué? –preguntó ella–. ¿Le he hecho daño a tu Lamborghini?

–Muy graciosa –dijo él en tono seco, mirándola fijamente–. ¿Cómo has irrumpido así en la carretera, delante de mí?

–He tropezado.

–Deberías tener más cuidado.

–Gracias.

Se frotó el codo, que le dolía. Las dos veces anteriores que había visto a aquel hombre, mientras comía con la condesa, Laney había pensado que Kassius Black debía de ser un estadounidense criado en Europa, o un europeo criado en Estados Unidos. Aunque lo cierto era que tenía un acento que ella reconocía muy bien, pero no era posible. Se frotó la frente. Debía de haberse dado un golpe más fuerte de lo que pensaba.

–Lo intentaré en el futuro.

Kassius se puso en pie y miró a su alrededor, a las personas que se habían acercado.

–¿Hay algún médico?

Nadie respondió. Él se sacó el teléfono del bolsillo.

–Voy a llamar a una ambulancia.

–Muchas gracias –le dijo Laney–, pero me temo que no tengo tiempo para eso.

Él la miró con incredulidad.

–¿Que no tienes tiempo?

Ella se buscó sangre o algún hueso roto, pero, al parecer, lo peor que tenía era un chichón en la frente. Se lo tocó.

–Tengo que hacer un recado urgente para mi jefa.

Hizo un gesto de dolor y se levantó. Él alargó la mano para ayudarla. Cuando se tocaron, Laney sintió un chispazo que hizo que lo mirase. Era mucho más alto que ella, guapo y poderoso, e iba muy elegante, vestido con un traje oscuro. Ella debía de estar hecha un desastre.

Bajó la mano.

–Gracias por haber frenado –murmuró–. Será mejor que me marche…

–¿Quién es tu jefa?

–Mimi du Plessis, la condesa de Fourcil.

–¿Mimi? –preguntó él, acercándose más y estudiando su rostro–. Espera, ahora te he reconocido. Eres el ratoncillo que va y viene por casa de Mimi, que le ordena las zapatillas y le busca el teléfono.

Laney se ruborizó.

–Soy su asistente.

–¿Y cuál es ese recado tan importante que tienes que hacer, que casi mueres por él?

–Solo casi.

–Una suerte.

–Sí.

Laney se quedó hipnotizada con su rostro, un rostro con carácter, que tenía una cicatriz en uno de los altos pómulos. Y la nariz aquilina un tanto torcida, como si se le hubiese roto de joven. Tuvo la sensación de que aquel hombre no había nacido siendo rico. No se parecía en nada a los playboys ricos con los que Mimi había salido después del divorcio. Aquel hombre era un luchador. Tal vez un mafioso. Y su mirada la aturdía.

–Dime, ¿cuál es ese recado, ratoncito? –volvió a preguntar.

–Su abrigo…

Laney miró a su alrededor y gritó, angustiada.

El carísimo abrigo de piel estaba tirado en un charco.

Laney respiró hondo.

–Estoy despedida –susurró–. Me dijo que tenía que estar limpio antes del baile de esta noche. Ahora está destrozado.

–No ha sido culpa tuya.

–Sí, primero se me cayó el café encima. Y luego he tropezado al mirar el teléfono para saber dónde estaba la tintorería más próxima… ¡Mi teléfono!

Buscó con la mirada y lo vio destrozado debajo de una de las ruedas del coche. Se agachó a recogerlo y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Y justo cuando pensaba que nada podía ir peor, empezó a llover de nuevo.

Aquello fue demasiado. Fue la gota que colmó el vaso. Laney se echó a reír.

–¿Qué te parece tan gracioso?

–Es evidente que me he quedado sin trabajo.

–¿Y te alegra?

–No –respondió ella, limpiándose los ojos–. Sin trabajo, mi familia no podrá pagar el alquiler el mes que viene, ni mi padre

podrá comprar sus medicamentos. No es nada gracioso.

La mirada de Kassius se volvió fría.

–Lo siento.

–Yo también –respondió ella, pensando que estaba manteniendo una conversación muy extraña con el noveno hombre más rico del mundo. ¿O era el décimo?

Un coche tocó el claxon y ella se sobresaltó. Ambos se giraron a mirarlo. Las personas que se habían acercado se fueron dispersando al ver que estaba bien, pero el coche de Kassius seguía parado en medio de la calle, entorpeciendo el tráfico.

Kassius apretó la mandíbula.

–Si no estás herida y no quieres que te vea un médico… supongo que tengo que marcharme.

–Adiós –respondió ella–. Gracias por no haberme matado.

Se giró y tiró el teléfono en la primera papelera que vio. Después se echó el abrigo sobre el hombro y empezó a andar por la acera, bajo la lluvia. Volvería al hotel y le preguntaría a Jacques si conocía una tintorería en la que hiciesen magia. ¿A quién pretendía engañar? ¿Magia? Lo que necesitaba era retroceder en el tiempo.

Alguien la agarró del brazo. Sorprendida, vio a Kassius, que estaba muy serio.

–Está bien, ¿cuánto dinero quieres?

–¿Para qué?

–Sube a mi coche.

–No necesito que me lleves, voy a volver al hotel Carillon.

–¿A qué?

–A devolverle el abrigo a mi jefa y a dejar que me grite y que me despida.

–Suena divertido –respondió él, arqueando una ceja–. Mira. Es evidente que te has lanzado delante de mi coche por un motivo. No sé por qué no me pides dinero directamente, pero, sea cual sea tu juego…

–¡No hay ningún juego!

–Puedo solucionar tu problema. Con el abrigo.

Laney tomó aire.

–¿Sabes cómo arreglarlo? ¿A tiempo para el baile de esta noche?

–Sí.

–¡Te lo agradecería mucho!

–Sube al coche.

A esas alturas, los coches que esperaban en la carretera no se

limitaban a tocar el claxon, los conductores estaban gritando cosas feas.

Kassius le abrió la puerta del pasajero y ella subió sin soltar el abrigo. Él se sentó al volante sin molestarse en responder a los insultos, arrancó y se alejó de allí.

–¿Adónde vamos? –preguntó Laney.

–No está lejos.

–Mi abuela se pondría furiosa si supiese que me he subido a un coche con un desconocido –comentó.

Y con razón.

–No somos desconocidos. Sabes cómo me llamo.

–Señor Black…

–Llámame Kassius –respondió él–. Aunque no creo que Mimi nos haya presentado nunca.

–De acuerdo, Kassius –dijo ella–. Yo soy Laney. Laney May Henry.

–¿Eres estadounidense?

–De Nueva Orleans.

Él se giró a mirarla fijamente.

Su jefa había dicho que era un hombre inescrutable y frío. ¿Por qué se estaba molestando en ayudarla? Laney necesitaba tanto su ayuda que no se lo preguntó.

–Muchas gracias –dijo–. Eres muy amable.

–No soy amable –respondió él en voz baja–, pero no te preocupes, que no vas a quedarte sin trabajo.

A ella se le subió el corazón a la garganta. No recordaba la última vez que alguien la había ayudado. En general, era ella la responsable de todos y de todo.

–Gracias –repitió, mirando hacia la ventanilla y parpadeando rápidamente.

Mónaco era un principado pequeño, de tan solo dos kilómetros cuadrados, pegado al mar Mediterráneo, rodeado por Francia. Como era un paraíso fiscal, los ricos de todo el mundo intentaban hacerse ciudadanos monegascos, por lo que se decía que un tercio de la población eran millonarios. También era un lugar famoso por su gran casino del siglo XIX y por el Grand Prix que se corría todos los años por sus calles.

–No creo que podamos arreglarlo –admitió con tristeza, mirando el abrigo–. Tal vez podrías acompañarme de vuelta al hotel y explicar lo ocurrido. Tal vez así la condesa no me despida.

–Solo conozco a Mimi por cuestiones de trabajo, ¿qué te hace pensar que puedo influir en su decisión?

–¿No estás enamorado de ella? –preguntó Laney sin pensarlo.

–¡Enamorado! –repitió él–. ¿Qué te hace pensar eso?

A Laney le ardieron las mejillas. No quería ser indiscreta ni difundir rumores acerca de su jefa. Avergonzada, se encogió de hombros y clavó la vista en la lluvia.

–Casi todos los hombres se enamoran de ella. Así que he dado por hecho…

–Pues te equivocas.

Kassius detuvo el coche bruscamente y aparcó.

–De hecho, se me ha acusado muchas veces de no tener corazón.

–No es cierto –dijo ella, sonriendo con timidez–. Debes de tenerlo, si no, no me estarías ayudando.

Él le dedicó una mirada inescrutable y, sin responder, apagó el motor y salió del coche.

A Laney se le aceleró el corazón al verlo dar la vuelta por la parte delantera. Era muy alto y musculoso, pero se movía con la gracia de un felino. Le abrió la puerta y le tendió la mano.

Ella la miró consternada, sin saber si debía tocarlo, después del chispazo de la vez anterior.

–El abrigo –dijo Kassius con impaciencia.

Laney se ruborizó y se lo dio.

Él se lo echó sobre el hombro. Y volvió a tender la mano.

–Y ahora tú.

Por un instante, Laney dudó. Tenía miedo de hacer el ridículo y sabía que había muchas posibilidades de que ocurriera eso. Cuando estaba nerviosa siempre se le escapaba alguna tontería y Kassius Black la ponía muy nerviosa.

Apoyó tímidamente la mano en la de él, que la ayudó a salir. El calor y la fuerza de sus dedos le provocaron una reacción extraña. Él apartó la mano y Laney miró el edificio que tenía delante, de estilo clásico, con el ceño fruncido.

–Esto no es una tintorería.

–No. Sígueme.

Entraron a una tienda muy elegante. Kassius le dio el abrigo a la primera dependienta que vio.

–Toma, deshazte de esto.

–Por supuesto, señor –respondió ella con toda serenidad.

–¿Que se deshaga del abrigo? ¿Qué estás haciendo? –le gritó Laney–. ¡No podemos tirarlo!

–Y consigue otro igual –añadió él, mirando a la dependienta.

–¿Qué? –inquirió Laney.

–Por supuesto, señor. Tenemos uno muy parecido. Cuesta cincuenta mil euros.

Laney estuvo a punto de desmayarse, pero Kassius ni parpadeó.

–Estupendo.

Diez minutos después volvían en su coche al hotel Carillon, con el abrigo nuevo en el maletero que, por extraño que pareciese, estaba en la parte delantera del coche y no en la trasera. Los ricos siempre hacían algunas cosas de un modo un poco distinto, pensó Laney.

Otras las hacían igual que los demás.

–Solo puede haber un motivo por el que te has gastado tanto dinero en un abrigo –comentó Laney–. Admítelo. Estás enamorado de la condesa.

Kassius la miró de reojo.

–No lo he hecho por ella, sino por ti –respondió sonriendo.

–¿Por mí?

–Sabes quién soy y los recursos que tengo. Y aun así no has intentado aprovecharte, aunque te he golpeado con el coche. De hecho, he pensado que era lo que ibas a hacer cuando te has lanzado justo delante.

–No me he lanzado delante –protestó Laney.

Él la estudió con la mirada y Laney sintió que la desnudaba, se ruborizó.

–Podrías haberme amenazado con ir a la policía, haber intentado sacarme millones.

–Eso no estaría bien –le respondió ella–. Quiero decir, que no ha sido culpa tuya que yo me haya caído. Has intentado no atropellarme y me has salvado la vida porque eres rápido de reflejos.

–¿Y si te ofreciese ahora un millón de euros a cambio de que firmases un papel que diga que no me vas a denunciar?

–No lo aceptaría.

Él sonrió con cinismo.

–Entiendo…

–Puedo firmar ese papel gratis.

Aquello lo sorprendió.

–¿Qué?

–Mi abuela me educó para que dijese la verdad y no me aprovechase de los demás. Que seas rico no va a convertirme en una ladrona.

Kassius se echó a reír y giró a la izquierda.

–Tu abuela debe de ser una mujer increíble.

–Lo es –admitió ella–. Es toda una dama del Sur.

Kassius la miró un instante, le brillaron los ojos.

Detuvo el coche delante de la gran entrada del hotel Carillon, pero, cuando apagó el motor, Laney vio algo en su rostro que le encogió el corazón.

Sin pensarlo, le tocó tímidamente el hombro. Y se arrepintió inmediatamente al notar la fuerza de sus músculos bajo la chaqueta negra. Apartó la mano, pero no pudo evitar comentar:

–¿Por qué pones esa cara?

Él la miró a los ojos.

–¿Qué cara?

Laney se preguntó si habría sentido la misma corriente eléctrica que ella, pero se dijo que seguro que no. Estaba interesado por su jefa, que era bella, aristocrática y elegante, todo lo contrario que ella.

Respiró hondo.

–Has puesto cara… triste.

Kassius la miró fijamente y después sonrió de repente.

–Los multimillonarios no se ponen tristes, se serenan –respondió–. Ven, te salvaré de Mimi.

La puerta se abrió y Laney vio a Jacques, el portero, que la miraba con sorpresa.

–¿Señorita Laney?

–Ah, hola –dijo ella sonriendo–. El señor Black ha sido muy amable trayéndome de vuelta para que no me mojase con la lluvia.

Jacques pareció todavía más sorprendido al ver a Kassius, que le dio las llaves del coche y lo que debió de ser una muy buena propina.

Después le dio las gracias en francés y sacó el abrigo nuevo del maletero delantero del coche.

–Dime –se dirigió después a Laney, mientras entraban en el hotel–. ¿Qué te parece Mimi? ¿Es una buena jefa?

Laney se mordió el labio inferior e intentó encontrar las palabras adecuadas.

–Le agradezco que me dé trabajo –dijo por fin, con toda sinceridad–. El sueldo es muy generoso y me sirve para ayudar a mi familia. Gracias por ayudarme.

La idea de seguir trabajando para la condesa le gustó menos al entrar en la suite.

–¡Laney! ¡Eres una vaga! ¿Por qué has tardado tanto? No respondes al teléfono –le dijo su jefa nada más verla–. Has tardado tanto que he tenido que conseguirme yo sola un café. He tenido

que llamar al servicio de habitaciones. ¡Yo!

–Lo siento –balbució Laney–. He tenido un accidente y mi teléfono…

Entonces Mimi vio a Kassius, que entró en la suite detrás de Laney, y se quedó boquiabierta. Su amiga Araminta, que estaba en el sofá, junto a la ventana, fumando y hojeando un *Paris Match,* se sorprendió tanto que se le cayó el cigarrillo de los labios.

Ambas mujeres se pusieron en pie rápidamente, se tocaron el pelo y balancearon las caderas.

–¡Kassius! –exclamó Mimi, sonriendo–. No sabía que ibas a venir a verme.

–No lo tenía planeado. Me he encontrado con tu asistente en la calle.

Le guiñó un ojo a Laney, que se ruborizó.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Mimi, mirándolos a ambos.

–La he atropellado –anunció Kassius sin más.

–Idiota, ¿por qué te has puesto delante del coche del señor Black?

Kassius tosió.

–Ha sido culpa mía –dijo, dándole a Mimi la bolsa con el abrigo–. Toma, para sustituir el abrigo que he estropeado en el accidente.

Mimi abrió la cremallera y dio un grito.

–¡Un abrigo nuevo! Lo retiro, Laney, que el señor Black te atropelle cuando quiera.

A Laney le pareció que su jefa hablaba en serio.

Mimi sonrió a Kassius con coquetería y se acercó más a él.

–Me has comprado un abrigo nuevo incluso antes de que salgamos juntos. Es evidente que sabes complacer a una mujer.

–¿Eso crees? –preguntó Kassius, mirando de reojo a Laney–. La verdad es que llevo mucho tiempo sin ganas de salir con nadie.

Sin saber por qué, a Laney se le aceleró el corazón.

–Ya verás cuando me veas esta noche en el baile. Estoy segura de que te va a apetecer llamar mi atención y tal vez…

Se acercó a él, se puso de puntillas y le susurró algo al oído.

–Qué… interesante –comentó él, mirándolas a las tres–. ¿Os veré esta noche?

Su mirada se detuvo en Laney.

–¿A todas?

–Por supuesto que Laney va a ir –dijo la condesa–. Necesito que me sujete el bolso, en el que llevaré el pintalabios y unos imperdibles, por si se me rompe el vestido… que es muy ajustado

y con unos tirantes minúsculos.

Se echó a reír y añadió:

–Te vas a morir cuando me veas.

Kassius se giró muy serio hacia Laney.

–¿Tú también vas a llevar un vestido así?

–Yo… esto… –balbució ella, ruborizándose.

–¿Laney? –su jefa se rio–. Irá de uniforme, como el resto de los criados. Como tiene que ser, ¿verdad?

–Por supuesto –dijo su amiga, encendiéndose otro cigarrillo.

–Deberías marcharte, Kassius –añadió Mimi–. Tenemos que prepararnos para el baile. Laney tiene mucho que hacer…

Kassius se giró a mirarla.

–Me preguntaba si podrías hacerme un pequeño favor.

–Por supuesto –respondió ella entre dientes.

Kassius volvió a mirar a Laney.

–No ha querido ir a un hospital, pero debería descansar. Se ha dado un golpe en la cabeza y eso me preocupa. Parecía un poco… aturdida.

–Laney siempre está como aturdida –contestó Mimi con irritación.

–Hazme un favor. Dale una o dos horas para que se recupere.

–Pero si tiene que… Está bien.

–Gracias –respondió Kassius, volviendo a mirarlas a las tres e inclinando la cabeza–. Señoras.

La condesa y Araminta le sonrieron de oreja a oreja, pero Mimi dejó de sonreír en cuanto hubo salido por la puerta.

–No sé qué has hecho para llamar su atención, para darle pena, pero ¡qué vergüenza!

–¡Qué vergüenza! –repitió Araminta.

–Ve ahora mismo a planchar mi vestido.

De repente, Laney se dio cuenta de que le dolía mucho la cabeza.

–Pero si ha dicho que podía descansar un poco…

–Descansa mientras planchas mi vestido.

–Y el mío.

–Considéralo un regalo –añadió la condesa–. Imagínate que estás en una sauna. Disfruta de la visita al spa.

Aunque pareciese extraño, Laney disfrutó planchando los vestidos. No pudo dejar de pensar en cómo la había mirado Kassius a los ojos, en el timbre de su voz, en cómo la había ayudado a salir del coche, dándole la mano.

Sacudió la cabeza.

–Es ridículo –se dijo en voz alta–. Esta noche la besará a ella, no a ti.

Oyó que sonaba el timbre de la suite, apagó la plancha y corrió a abrir la puerta.

Había un joven con una caja en las manos.

–Un paquete –dijo.

–*Merci* –respondió Laney, dándole una propina de su propio bolsillo y sorprendiéndose al ver su nombre escrito en una tarjeta.

–¿Qué es? –preguntó su jefa–. ¿Un paquete para mí?

–La verdad… es que es para mí.

–¿Qué? –inquirió Mimi, tomando el sobre–. ¿Quién te va a enviar un regalo a ti?

Lo abrió y leyó el mensaje que había dentro. Luego fulminó a Laney con la mirada.

–¿Qué has hecho?

–¿Qué quiere decir?

Mimi le tiró la nota a Laney, que la leyó.

Estoy seguro de que estás muy guapa de uniforme, pero preferiría que te pusieses esto. Espero verte antes de la medianoche. Kassius.

Laney sintió calor, se sintió feliz.

–Ábrelo –le ordenó Mimi.

Laney deseó que Mimi y Araminta no estuviesen allí, pero dejó la caja sobre la mesa y la abrió.

Las tres mujeres dieron un grito ahogado.

Dentro de la caja había un vestido dorado, que brillaba bajo la luz de la habitación, con el escote en forma de corazón y una voluminosa falda de tul. Laney sacó un guante blanco de la caja y, de repente, le entraron ganas de echarse a llorar. Era un regalo digno de una princesa.

Sacó el vestido de la caja y se lo pegó al cuerpo. Casi no se reconoció en el espejo.

–¿Qué has hecho? ¿Lanzarte delante de su coche? –le preguntó su jefa–. Eres una cazafortunas. ¿No pensarás que voy a permitir que me lo quites?

Ella miró a Mimi sorprendida.

–No…

Su jefa la miró de arriba abajo con desprecio.

–¿Qué iba a ver un hombre en ti?

–Estoy segura de que solo ha querido ser amable –balbució Laney.

–Está intentando ponerte celosa, Mimi –comentó Araminta.

–Tal vez –respondió la condesa–. Está bien, póntelo. Y, si te pide que bailes con él esta noche, hazlo.

Aquello sorprendió a Laney.

–Y luego quiero que le digas que estás harta de sus atenciones y que le insultes.

–¡No!

–Si no lo haces, te quedarás sin trabajo y me aseguraré de que nadie te contrate. Así que tú verás. Piénsatelo.

Capítulo 2

Kassius tomó una copa de champán y pensó que tenía demasiadas burbujas y estaba demasiado dulce. No le apetecía estar allí.

La fiesta la daba la realeza y los invitados habían sido cuidadosamente seleccionados. El salón era muy elegante, había una orquesta en directo, tocando música clásica. Pensó que habría preferido que tocasen rock, pop, rap, o blues, que había sido la música favorita de su madre. Su madre, originaria de Nueva Orleans, la cuna del blues.

Igual que Laney.

Kassius pensó en su bonito rostro, en sus grandes y sinceros ojos marrones. Era extraño que no se hubiese fijado antes en ella.

Pero ya sabía quién era. Y nada más marcharse del hotel la había hecho investigar. Se llamaba Elaine May Henry, tenía veinticinco años y era de un pueblo a las afueras de Nueva Orleans, había terminado el instituto con muy buenas notas, pero después no había podido ir a la universidad, había tenido que ponerse a trabajar. Su abuela y su padre, minusválido, necesitaban su sueldo, sobre todo, desde que la madre de Laney los había abandonado años antes.

Aquello último le puso los pelos de punta. A él también lo había abandonado su padre. Y su frágil madre, que había procedido de un barrio acomodado de Nueva Orleans, jamás lo había superado.

Apartó aquel recuerdo de su mente y volvió a pensar en Laney.

Después del instituto se había puesto a trabajar de niñera para un jugador de fútbol profesional. Dos años después, había sido la ayudante de un conocido cocinero. Y dos años antes había empezado a trabajar para Mimi a cambio de un salario mejor. Desde entonces vivía en Mónaco. Al parecer, no había dejado de trabajar nunca y todo el dinero que ganaba lo mandaba a casa.

Era una buena persona, leal. No se había quejado de su jefa cuando él le había dado la oportunidad. Tampoco había mentido alabando a Mimi. Simplemente, había dicho que le agradecía que le diese trabajo y pagase bien.

Y a pesar de necesitar dinero, no se lo había pedido a él

después de que hubiese estado a punto de atropellarla.

Tuvo que reconocer que Laney Henry le interesaba. Había visto en ella valores de los que antes solo había oído hablar: amabilidad, honestidad, generosidad, lealtad. Le gustaba su cercanía. Y su acento, también.

En cualquier caso, en esos momentos solo podía pensar en ella. Deseaba estar con una mujer chapada a la antigua, en la que pudiese confiar, a la que pudiese incluso controlar. Y a la que, además, deseaba sexualmente.

Interesante.

Había pasado mucho tiempo planeando su venganza, pero había una parte de su plan que no había conseguido solucionar. Cuando por fin destruyese al viejo, revelase su verdadera identidad y se lo arrebatase todo, él tendría una familia de la que alardear.

Kassius sonrió con frialdad. Vio en la otra punta del salón al viejo ruso de pelo blanco charlando con unos amigos.

Entonces recordó a Laney diciéndole que parecía triste.

Y su propia respuesta.

A ella también la habían abandonado, pero en vez de volverse fría y dura había seguido siendo dulce y delicada como una flor.

Se preguntó cómo sería besarla. E ir más allá…

Se preguntó cómo sería tener su cuerpo curvilíneo entre los brazos. Que ella lo mirase con los ojos brillantes mientras temblaba y le decía que no quería separarse jamás de él, que estaba esperando un hijo suyo.

La idea lo excitó. Y mucho.

Había evitado tener demasiada intimidad con una mujer por miedo a que descubriesen la verdad de su pasado y su verdadera identidad.

Además, todas las mujeres a las que conocía eran parecidas a Mimi du Plessis: bellas, superficiales, duras. Mimi lo traicionaría si podía.

Y ese era el motivo por el que la había buscado.

Llevaba casi veinte años planeando su venganza, trabajando día y noche para destruir a Boris Kuznetsov.

Pero incluso Mimi había empezado a sospechar cuando Kassius le había prestado al ruso cantidades de dinero que el otro hombre jamás le podría devolver.

Así que Kassius había hecho creer a Mimi que estaba interesado en ella. Y no se sentía culpable por ello.

Pero el engaño tendría que terminarse antes o después. Esa

tarde, cuando Mimi le había susurrado al oído que quería que la esposase a la cama y la cubriese de nata montada, Kassius había tenido que contener las náuseas. Mimi no le atraía en absoluto.

Se preguntó dónde estaría. ¿Por qué no había llegado todavía con Laney?

Quería ver a Laney con el vestido dorado.

Terminó la copa de champán y la dejó vacía en la bandeja de un camarero que pasaba por su lado para ir a buscar a Laney Henry, y un Martini.

Pasó entre la multitud ignorando las sonrisas de las mujeres y las miradas de disgusto de algunos hombres y se dirigió al bar mientras buscaba con la mirada un vestido dorado.

Entonces la vio.

Se detuvo. Laney lo miraba con los ojos muy abiertos. Él se olvidó del Martini.

Había sabido que estaría guapa.

Pero no se la había imaginado así. Parecía una princesa recién salida de un cuento de hadas.

Era mucho más atractiva que la rubia delgada, de mirada fría, que se estaba interponiendo entre ambos y que iba ataviada con un vestido corto y muy ajustado.

–¡Kassius! ¡Querido! Cómo me alegro de verte –exclamó Mimi–. Qué detalle haberle enviado un vestido a mi asistente. Laney, haznos una fotografía.

Puso un brazo alrededor de los hombros de Kassius y apretó la mejilla contra la suya.

–Para que todo el mundo vea lo bien que nos lo estamos pasando.

Pero Kassius se apartó de ella antes de que a Laney le diese tiempo a retratarlos.

–Gracias, Mimi, pero prefiero salvaguardar mi intimidad.

–Es muy extraño, Kassius, pero casi no apareces en Internet.

–Es trágico, sí, pero me dedico al negocio inmobiliario, no al mundo del espectáculo –respondió.

Luego se giró hacia Laney.

–Estás preciosa.

–Gracias –respondió ella–. Muchas gracias por el vestido. ¿Por qué lo has hecho?

–Por ti –contestó él–. Baila conmigo.

–No sé si es buena idea…

–Es muy buena idea –dijo Mimi.

–Ven –añadió él, agarrándola de la mano y llevándola hacia la

pista de baile.

–No sé bailar –confesó ella, temblando.

–Es fácil –respondió él sonriendo–. Yo te enseñaré.

La ayudó a apoyar una mano en su hombro y le tomó la otra.

–¿Ves? –murmuró–. Se te da muy bien.

Mientras bailaban en la pista junto a otras parejas, Kassius se dio cuenta de que no podía desearla más.

–Señor Black… –empezó Laney.

–Kassius, llámame Kassius.

–Gracias por el abrigo y por defenderme delante de la condesa, pero este vestido… nunca había tenido nada tan bonito.

–Al verlo, pensé en ti –respondió él–, pero con él puesto tengo que admitir que no te hace justicia. Eres una estrella.

Siguieron bailando y Kassius se dio cuenta de que Mimi los seguía con la mirada.

–Nunca me habían dicho algo así…. –admitió Laney, ruborizándose–. Ah, supongo que quieres ponerla celosa, ¿no?

Intentó sonreír, pero su mirada era seria.

–Son los juegos de los ricos. Deberías intentar ser sincero –añadió, quedándose inmóvil de repente–. Sácala a bailar. Y déjame a mí fuera de esto.

–Yo no juego a esas cosas. No me hace falta.

–Entonces, ¿por qué…?

Él miró a Mimi du Plessis, que hablaba en susurros a su amiga Araminta.

–Si quisiera acostarme con ella, ya lo habría hecho.

–Eso que has dicho es muy feo.

–Me has pedido que sea sincero.

–Sigue siendo feo.

–Podría tenerla. Podría tener a la mayoría de las mujeres que conozco. Ya he tenido a muchas.

–Qué manera de alardear. La verdad es que no me impresiona nada que hayas tenido tantas amantes.

–A mí lo que me sorprende es que tú hayas tenido tan pocos.

–¿Cómo…?

–¿Que cómo lo sé? Lo sé porque te pones a temblar cuando te toco, porque contienes la respiración cuando te miro –le dijo, apretándola contra su cuerpo–. Puedo sentirlo. Por el modo en que tu cuerpo tiembla contra el mío.

Kassius la miró y pensó que era muy pequeña entre sus brazos, femenina y vulnerable. Aunque era su vulnerabilidad lo que más lo impresionaba. Y su valentía.

–Eso es, en parte, lo que te hace diferente –continuó él en voz baja–. Tu calor. Tu amabilidad. No solo eres bella. Das mucho de ti y pides muy poco.

–Soy… normal y corriente –dijo ella.

–De eso, nada.

–Te equivocas…

–Has rechazado mi dinero cuando te lo he ofrecido. No has querido hablar de Mimi. Has dejado tu vida para trabajar y ocuparte de tu familia.

Pasó las manos suavemente por su nuca. Deseó quitarle las horquillas que le recogían el pelo en un moño y dejar que le cayese sobre los hombros. De repente, se la imaginó desnuda, sentada a horcajadas sobre él, besándolo, con la melena oscura acariciándole la piel y los generosos pechos apretados contra el suyo.

«Pronto. Muy pronto».

Respiró hondo, se controló y continuó hablando:

–Esta noche pareces una princesa, pero tengo la sensación de que tu aspecto refleja cómo eres por dentro. Tienes algo irresistible…

Se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

–Te deseo.

Pero al apartarse se dio cuenta de que el gesto de Laney era serio. Miró a su jefa un instante y se apartó de él.

–Lo siento, pero no me interesa.

Kassius no se había esperado aquello. Al fin y al cabo, Laney temblaba entre sus brazos. ¿La habría malinterpretado?

La vio palidecer, con la mirada perdida. Estaba mintiendo, pero ¿por qué?

–No me digas.

Ella asintió furiosamente, sin mirarlo a los ojos mientras las demás parejas seguían bailando a su alrededor.

–Dime el motivo.

–Es que…

Se humedeció los labios y después levantó la barbilla.

–Eres un mujeriego que se acuesta con todo el mundo y eso me parece despreciable.

–Vuelve a intentarlo.

–Ni siquiera me resultas atractivo.

–Explícate.

Ella lo miró con desesperación.

–Eres demasiado… alto.

–¿Demasiado alto? –Kassius se rio.

–Está bien, te daré un motivo. No tiene nada que ver contigo. Es que soy virgen y frígida.

–Lo de virgen me lo puedo creer, pero ¿frígida?

Kassius sacudió la cabeza con incredulidad, se acercó y pasó las manos por sus hombros desnudos. La notó temblar y vio cómo se le marcaban los pezones a través del vestido.

–De eso, nada.

Laney lo miró con los ojos muy abiertos.

–Por favor, por favor… No.

–¿Por qué?

–Porque… Porque, si no te rechazo, mi jefa me despedirá. Y se asegurará de que nadie más me contrate.

Aquello sorprendió tanto a Kassius que estuvo a punto de echarse a reír.

–¿Eso te ha dicho?

Pero era evidente que a Laney no le resultaba gracioso. Parecía angustiada.

–Si no puedo trabajar, no podré ayudar a mi familia. Así que tienes que apartarte y dejarme tranquila –le suplicó–. Aléjate…

Su cuerpo contradecía a sus palabras, pero Kassius le hizo caso.

Después se preguntó si era posible que Laney fuese virgen. Nunca se había acostado con una mujer virgen, le parecía casi una crueldad. Pero la idea hizo que la desease todavía más y que tuviese que seducirla más despacio, aunque lo cierto era que no estaba acostumbrado.

La orquesta dejó de tocar y las demás parejas pasaron por su lado, mirándolos con curiosidad. Mimi, por su parte, los estaba fulminando con la mirada.

Sabía que estaba cometiendo un error, porque siempre era muy discreto con su vida privada, pero volvió a acercarse a Laney y hundió los dedos en su pelo para levantarle la barbilla.

–Que te quede claro que Mimi no me importa lo más mínimo. Solo me importa una cosa.

–¿El qué?

–Conseguir lo que quiero –continuó él–. Y te quiero a ti.

Inclinó la cabeza y, allí mismo, en la pista de baile, en la fiesta de Nochevieja, la besó.

Sus labios la tocaron con suavidad al principio. Laney sintió la rugosidad de su barbilla, el dulzor de su boca.

No supo qué hacer. Solo la habían besado en una ocasión anteriormente y había sido un desastre.

Pero aquello era diferente. Él era diferente. Mientras Kassius profundizaba el beso, ella se dio cuenta de que lo único que podía hacer era rendirse. Así que cerró los ojos.

Se relajó contra su cuerpo y él siguió besándola. Laney sintió que su cuerpo no le respondía, notó que se le endurecían los pezones y sintió una sensación nueva entre los muslos.

Era como si todo su cuerpo estuviese explotando de placer. Jamás había sentido algo así. Jamás.

–Eres mía –le susurró Kassius–. Mía.

Y entonces se apartó y la dejó… vacía.

Laney se dio cuenta de que la orquesta se había tomado un descanso y estaban los dos solos en la pista. Todo el salón se había quedado en silencio y los miraba. Mimi parecía furiosa.

–Oh, no –dijo Laney, llevándose las manos al rostro–. ¿Qué he hecho?

–Nada. Todavía –respondió Kassius en tono casi divertido, mirándola fijamente–, pero lo harás. Vas a venir a casa conmigo. Ahora.

Ella se dijo que era imposible que un multimillonario tan guapo la desease a ella, una chica normal y corriente.

–No es posible que me desees.

–¿Por qué no?

–¿Por qué? Porque tú eres… tú. Y yo soy yo. Déjame marchar, por favor.

–¿De verdad es eso lo que quieres?

«No, no. Por supuesto que no». Se sentía embriagada y viva por primera vez en toda su vida. Quería que el hombre más guapo y poderoso de la Tierra, uno de los más ricos del mundo, la considerase bella, la desease. Era como un sueño. Un sueño imposible.

–Todos nos miran –susurró.

–Te miran. Y se preguntan quién eres.

Laney se rio.

–¡Si llevo dos años viviendo aquí!

–Pero eras invisible, una criada –le dijo él, acariciándole los brazos–. Ya no. Ven conmigo. Ahora. Esta noche.

La tomó de la mano y Laney no pudo resistirse. Vio a Mimi por el rabillo del ojo, pero no pudo pensar en nada. Siguió a Kassius hasta la calle, donde un coche negro se detuvo delante de ellos y un chófer uniformado les abrió la puerta.

La luna brillaba nacarada en el cielo oscuro. El viento era helador. El invierno en Mónaco solía ser soleado y suave, pero a veces, después de la lluvia, se levantaba un viento muy fuerte, capaz de volver locos a hombres y mujeres.

El mistral. Tenía que ser eso.

Sin mediar palabra, Kassius la hizo entrar en la parte trasera de la limusina. La puerta se acababa de cerrar tras ellos cuando volvió a besarla. Laney cerró los ojos y notó cómo Kassius la acariciaba por encima del vestido.

De repente, la puerta del coche se abrió y Laney vio que el vehículo se había detenido delante del hotel Carillon. El chófer y el guardaespaldas de Kassius esperaban a que bajasen.

–*Mademoiselle* Laney? –preguntó sorprendido el portero del hotel, Jacques.

Ella se ruborizó y Kassius la ayudó a salir del coche y la acompañó al interior del hotel.

–Me estás trayendo a casa –le susurró ella, sin saber qué pensar.

–Sí.

–Me has traído a casa antes de medianoche –añadió sonriendo–. Como a Cenicienta.

Llegaron al ascensor y la puerta se abrió. Él la condujo dentro y apretó un botón.

–Te has equivocado de piso. Mimi no vive en el ático.

–Pero yo sí.

A Laney se le encogió el corazón.

–¿Sí?

–Acabo de comprarlo.

–¿De verdad? –preguntó ella, sintiéndose aturdida, rara–. ¿Por qué?

–Porque necesitaba un lugar donde alojarme en Mónaco –le respondió él con voz ronca, sexy–. Hasta que compre la villa que quiero en Cap Ferrat.

–¿Y quieres… que suba contigo?

–Sí –susurró él, acariciándole la mejilla–. Y vas a hacerlo.

La empujó contra una de las paredes y la besó en el cuello. Y ella cerró los ojos.

La puerta del ascensor se abrió y Laney no pudo moverse, pero él la tomó en brazos como si no pesase nada y atravesó el pasillo.

Laney miró aturdida a su alrededor. Los techos eran muy altos, los muebles modernos, y los enormes ventanales tenían vistas a Mónaco y, más allá, al mar Mediterráneo.

Kassius la dejó con cuidado en el suelo, haciendo que sus cuerpos se frotasen. La miró un instante y después la hizo girarse para que le diese la espalda. Ella se quedó prendada de las vistas. Las luces de los barcos brillaban sobre el mar oscuro, como estrellas en el cielo.

No debía estar allí. Tenía que marcharse, pero tenía la sensación de no ser ella misma.

Kassius le bajó la cremallera del vestido muy despacio y este cayó al suelo. Entonces, volvió a hacerla girarse hacia él. Estaba casi desnuda, solo llevaba un sujetador blanco, palabra de honor, y unas braguitas de encaje del mismo color. Él la miró de arriba abajo.

–Eres preciosa.

Y, a pesar de la oscuridad, Laney se dio cuenta de que la deseaba. Mucho.

Tenía que marcharse. Tanto su cerebro como su corazón le estaban rogando que lo hiciese, porque aquello solo podía terminar de una manera: mal.

Pero su cuerpo se negaba a moverse de donde estaba mientras él le quitó los zapatos.

Kassius se incorporó y se quitó la chaqueta. La tomó de la mano y la condujo al dormitorio.

Unas cortinas de gasa translúcida cubrían las puertas del balcón. Kassius las abrió y ella respiró hondo, el viento era fuerte y frío, olía a sal marina y a flores.

Laney, casi desnuda frente a Kassius Black, que era guapo, multimillonario y mucho más alto que ella, levantó el rostro para mirarlo.

Él la devoró con la mirada y se acercó y Laney retrocedió, nerviosa, y cayó de espaldas sobre la inmensa cama, desde donde lo vio quitarse la pajarita negra.

Se deshizo de los zapatos antes de inclinarse sobre ella en la cama. Le acarició una mejilla, la garganta y el valle de entre los pechos. Y Laney solo pudo quedarse inmóvil mientras él seguía bajando por el vientre e incluso más abajo, hasta el borde de las braguitas de encaje.

De repente, le agarró la mano.

–No.

–¿Por qué? –le preguntó él con el ceño fruncido.

–Porque te vas a llevar una decepción.

–Eres virgen. ¿Cómo lo sabes?

–Porque lo sé.

La luz plateada de la luna entraba por las ventanas e iluminaba la línea de la dura mandíbula de Kassius, que la miraba con incredulidad.

–¿De verdad crees que eres frígida?

–Lo sé.

–¿Por qué?

–Me lo dijo el chico que me llevó al baile de fin de curso.

–¿Y tú lo creíste?

–Era un chico con mucha experiencia –respondió ella, con un nudo en la garganta–. Mira, es casi medianoche. Debería volver a la fiesta. Busca a alguien que sepa besar…

–Ya he encontrado a la que quería –respondió él, pasando la mano por sus muslos.

–No sé por qué me has elegido a mí… si lo has hecho solo por probar con alguien pobre o…

Él apartó las manos de repente.

–Antes has hablado de juegos, Laney. Vamos a jugar a uno ahora, tú y yo.

–¿Qué juego?

Él siguió mirándola a los ojos.

–Te voy a demostrar que no eres frígida. Que eres una mujer ardiente, sensual. Una mujer hecha para el placer.

–¿Y si no puedes?

Kassius se echó a reír.

–Podré. Solo con tocarte, con mirarte, sé que podré.

–¿Y si te equivocas? –preguntó ella, desesperada, recordando la humillación de cuando tenía dieciocho años.

–En ese caso, te pagaré… ¿qué te parece un millón de dólares?

–¿Es una broma?

–No.

–¡Es la segunda vez que me ofreces un millón!

–¿No te parece suficiente? –le preguntó Kassius–. Entonces, dos millones. Diez. Estoy tan seguro de que voy a ser capaz de hacerte gemir de placer que, si me equivoco, te daré diez millones de dólares.

Un golpe de viento abrió las puertas del balcón.

«Diez millones de dólares».

Laney pensó en lo que eso significaría. No tendría que aguantar a su horrible jefa. Podría volver a Nueva Orleans y contratar a alguien que se ocupase a tiempo completo de su padre. Su abuela, que se había dejado la piel trabajando durante cincuenta años, podría descansar y disfrutar de la vida. Ella podría estar con su

familia.

–La cantidad que te pagaré si pierdo no importa –añadió Kassius–. Porque voy a ganar.

Laney se humedeció los labios.

–¿Y si pierdo yo… qué vas a querer a cambio? –le preguntó.

–¿Además del dulce premio de tu cuerpo? –preguntó Kassius, pasando una mano por su cuerpo–. Que seas completamente mía.

A ella se le secó la boca.

–¿Qué quieres decir?

Él volvió a acariciarle la mejilla.

–Estoy cansado de estar soltero. Quiero una familia, una esposa, hijos.

Laney se sintió aturdida. ¿Era posible que se hubiese emborrachado con la media copa de champán que se había tomado en la fiesta?

–No es posible que…

–Si no soy capaz de darte placer, Laney, te daré diez millones de dólares y tú saldrás de aquí siendo una mujer rica, pero, si te hago explotar de gozo, dejarás que tome posesión de tu cuerpo y que engendre en ti un hijo. Serás mía… para siempre.

Capítulo 3

Laney se sentó muy recta en la enorme cama, con los ojos como platos. Unos minutos antes se había preguntado si estaba soñando, o borracha.

En esos momentos tenía la sensación de haberse vuelto loca.

–A ver si lo he entendido –dijo en voz baja–. ¿Si me haces llegar al orgasmo, tendré que casarme contigo y tener un hijo tuyo?

La expresión de Kassius era indescifrable.

–¿Qué me dices?

–¡O es una broma o estás loco!

–Estoy perfectamente cuerdo y nunca había hablado tan en serio.

–¿Cómo te vas a arriesgar a casarte con alguien solo por el sexo? ¡Es una locura!

Kassius empezó a quitarse la camisa, la dejó caer al suelo. Tenía el pecho moreno y musculoso, cubierto de vello oscuro. Laney se humedeció los labios e intentó recordar su argumento.

–Tendríamos que estar enamorados. Tendríamos que ser compatibles. Piénsalo…

Él se inclinó y la acalló con un beso. La empujó con el pecho caliente y duro, y Laney fue consciente de repente de que estaba en ropa interior.

Kassius se apartó y buscó su mirada.

–Dame una respuesta.

La respuesta más sensata sería decirle que no y salir corriendo de allí, pero…

«Diez millones de dólares».

No tenía experiencia, pero sabía algo de sexo, por supuesto. Había visto alguna película, así que no era completamente inocente. Y, cuando Bobby Joe Branford, el popular jugador de fútbol de su instituto, le había pedido que fuera al baile con él, Laney había pensado que por fin le iban a dar su primer beso.

Pero la noche había resultado ser un desastre. A la mitad de la fiesta, Bobby la había llevado a un pasillo oscuro del instituto y la había besado, pero sus labios habían estado fríos y ásperos, y

había sabido a whisky, cosa que a Laney le había dado mucho asco. Había querido parar, pero él no la había escuchado, así que lo había empujado con fuerza, haciéndolo caer al suelo justo en el momento en el que pasaban cerca algunos de sus amigos. Estos se habían reído y Bobby Joe la había fulminado con la mirada.

–Además de virgen, eres una frígida –había gritado–. Tenía que haber sabido que estaba perdiendo el tiempo contigo.

Después, se había ido con sus amigos y se había buscado a otra chica con la que bailar. Y Laney había tenido que volver a casa sola, con su vestido de segunda mano.

El lunes, al volver a clase, había sido todavía peor. Había sido el hazmerreír del instituto. Además de ser baja y regordeta, de vivir en una casa destartalada, tener un padre ciego que estaba en silla de ruedas y de que su madre los hubiese abandonado para irse a California con otro hombre, además de todo aquello, todo el mundo sabía que era virgen y frígida.

En esos momentos se preguntó qué riesgos corría quedándose allí. Aceptaría los diez millones de dólares y se marcharía de allí como una reina.

Levantó la barbilla y miró a Kassius Black a los ojos.

–Acepto.

Él puso un gesto triunfante. Se inclinó, le quitó las horquillas del moño e hizo que la larga melena morena cayese sobre sus hombros.

–Por fin –dijo con voz ronca, tumbándola en la cama y besándola.

Laney no sintió nada. Se dijo que ya tenía los diez millones de dólares en el bolsillo.

Kassius pasó las manos lentamente por su cuerpo. La besó con más suavidad, como un susurro, seduciéndola.

Ella sintió como un estremecimiento en los pechos y en la zona baja del vientre. Se dijo que no era nada.

Kassius le desabrochó el sujetador blanco y le acarició los pechos, se los apretó suavemente.

Laney se dijo que seguía sin sentir nada. Tenía el corazón acelerado, pero era de piedra.

Él inclinó la cabeza y Laney notó el calor de su aliento antes de que se metiese uno de los pezones en la boca y lo chupase.

Laney sintió un estremecimiento y se puso tensa.

«Como una piedra», se dijo.

Él le acarició el otro pecho y también se metió en la boca el pezón. Laney contuvo la respiración.

De repente, Kassius la agarró de las muñecas y se las apoyó en el cabecero de la cama, luego se inclinó hacia ella y le dijo al oído:

–Vas a perder.

–No –respondió ella, aunque tenía miedo.

No podía perder.

El peso del cuerpo de Kassius la apretó más contra el colchón. Él siguió sujetándole las muñecas mientras la besaba, le lamía y le mordisqueaba el cuello, después pasó al lóbulo de la oreja, y a la clavícula. Laney notó su erección entre las piernas. Gimoteó.

Kassius le soltó las manos y la besó con dulzura mientras le acariciaba la mejilla, el cuello, los pechos. Exploró su vientre, la curva de sus caderas. Pasó los dedos por el borde de las braguitas, tentándola suavemente.

«No», pensó ella, agarrándose a la colcha que tenía debajo.

¡No podía sentir placer!

¡Tenía que resistirse!

Él hizo una pausa y entonces la acarició por encima de la ropa interior. Ella contuvo un gemido y se mordió el labio inferior. Kassius siguió bajando con la mano por sus muslos, haciéndole sentir calor por todo el cuerpo.

Luego le separó las piernas y la besó en el vientre, fue pasando los labios por donde había pasado las manos, se detuvo para torturarla con el calor de su aliento.

Laney se preguntó si aquello que sentía era deseo. Lo deseaba, pero no podía. No podía ser.

Si se quedaba embarazada su vida cambiaría. Siempre había pensado que, si algún día era madre, querría ser una buena madre. Encontraría a un hombre agradable, bueno, leal al que amase. Saldrían juntos un año, se casarían en la intimidad, ambos tendrían un trabajo estable, y pagarían la entrada de una casa con una valla blanca. Solo entonces, cuando ambos estuviesen preparados, tendrían un hijo. Porque un niño se merecía tener seguridad, amor y estabilidad. Ella lo sabía mejor que nadie.

Así que, aunque fuese poco probable que se quedase embarazada aquella noche, no podía correr el riesgo. Tenía que pedirle a Kassius que parase, tenía que decirle que el juego se había terminado, que se quedase con su dinero.

Tenía que salir de allí antes de que fuese demasiado tarde.

«¡Eres de piedra!», se dijo. El problema era que no se sentía así.

Lo vio arrodillarse a los pies de la cama, entre sus piernas, y le costó respirar. De repente, se oyeron estallidos en la calle y ambos se giraron a mirar hacia el balcón. A través de las cortinas vieron

fuegos artificiales surcando el cielo. Kassius se giró hacia ella.

–Es medianoche –le dijo con voz ronca–. Feliz Año Nuevo.

La besó, entrelazó su lengua con la de ella, y Laney se perdió en su calor, en el peso de su cuerpo y, todavía peor, en su propio deseo.

«Un minuto más y le pediré que pare», se prometió. «Solo un minuto más…».

Otro golpe de viento entró por el balcón, envolviéndolos y Laney se aferró a los hombros de Kassius.

Él siguió besándola sensualmente hasta que Laney se dio cuenta de que ella lo estaba besando también. Entonces, Kassius volvió a bajar a su pecho.

Laney tragó saliva y cerró los ojos. Él le pasó las manos por las caderas, por los muslos, por la tierna carne que había entre ellos.

Después se incorporó lo suficiente para quitarle las braguitas y tirarlas al suelo.

Estaba completamente desnuda, tumbada en su cama.

–¿Frígida tú? –murmuró Kassius casi enfadado–. ¿Qué idiota te convenció de algo así?

Se quitó los pantalones y los calzoncillos de seda y los dejó en el suelo. Estaba completamente excitado.

Laney tragó saliva. Era la primera vez que veía a un hombre completamente desnudo… y excitado.

Alargó la mano hacia su erección, pero él se la agarró.

–¿Puedo, por favor? –preguntó Laney–. Es la primera vez que… Nunca he tocado.

Él le soltó la mano.

Laney alargó las puntas de los dedos y tocó su piel suave. Él se estremeció.

–¿Tanto… me deseas?

–Te lo demostraré –respondió Kassius con voz ronca.

Le colocó las manos en los hombros y la besó apasionadamente mientras la cubría con su cuerpo desnudo.

Laney sintió sus fuertes muslos, su rugosa barbilla raspándole la piel, pero, sobre todo, sintió su erección en el vientre.

Estuvo a punto de gritar. Notó que Kassius se colocaba entre sus piernas, que quería entrar, y las separó más, desesperada por tenerlo dentro, pero no entró.

Bajó y le acarició los muslos, inclinó la cabeza y se los mordisqueó. Ella pensó que tenía que decirle que parase, que tenía que salir corriendo de allí.

Pero no pudo. Se agarró a la colcha blanca, temblando, incapaz

de moverse mientras Kassius metía la cabeza entre sus piernas.

La sujetó por el trasero y Laney sintió su aliento en la parte más íntima del cuerpo. Él se detuvo un momento, como si estuviese dándole la oportunidad de rechazarlo.

Luego bajó la cabeza. Le separó más las piernas y pasó la lengua por su sexo. Ella dio un grito ahogado y él suspiró de placer.

–Sabes a caramelo –susurró.

Le mordisqueó los muslos y ella levantó las caderas involuntariamente para apretarse contra su boca.

Aquello era una locura. Tenía que parar.

«Un minuto más», se dijo, desesperada. «Solo uno más». Se moriría si no tenía un minuto más.

Se retorció bajo sus caricias y Kassius metió un dedo en su interior. Ella gritó, se agarró a la cama, empezó a temblar. Él metió otro dedo y siguió acariciándola con la lengua.

Laney no podía…

¡Aquello era maravilloso!

No debía…

«Que no pare».

Sin dejar de acariciarla, chupó su sexo con fuerza, obligándola a rendirse, a aceptar el placer. Laney levantó las caderas de la cama, se retorció. Separó los labios y contuvo la respiración…

Y entonces sintió que explotaba de placer. Gritó y se aferró a los hombros de Kassius, clavándole las uñas, y después respiró de nuevo.

Él se incorporó y puso las caderas encima de las suyas para llenarla de un solo empellón.

Laney sintió un instante de dolor en medio de tanto placer.

Kassius no se movió, se quedó inmóvil en su interior. Luego tomó aire, como si quisiese tranquilizarse. Entonces se inclinó y le susurró al oído:

–Eres mía.

Kassius estuvo a punto de desmayarse con la sensación que le causó estar en su interior.

Le encantó. Fue todavía mejor de lo que se había imaginado. Estaba húmeda y caliente y su grito de placer todavía le retumbaba en los oídos. Tuvo que hacer un esfuerzo para no llegar al orgasmo tan pronto.

Llevaba una hora conteniéndose y no podía más.

Besarla, probarla, sentir su cuerpo desnudo… Había sido una dulce tortura.

Era ridículo que alguien le hubiese dicho que era frígida, pero casi se alegraba. Gracias a aquel tipo era suya y solo suya.

Nunca había deseado tanto a una mujer.

Y no le interesaba una aventura de una noche. No quería eso. Tampoco quería pasarse semanas, meses, años, cortejándola, convenciéndola de su amor.

Estaba preparado para sentar la cabeza. Quería un hogar de verdad, una esposa y una familia.

Pero para eso no le valía cualquier mujer. Necesitaba a alguien en quien pudiese confiar. Una mujer chapada a la antigua, que quisiese dedicarse a su casa y a su familia, que le obedeciese. Y, además, que fuese deliciosa en la cama y que no quisiese a ningún otro.

La había encontrado.

Podría haberse limitado a seducirla, pero había preferido ser claro con sus intenciones.

Laney iba a ser su esposa. La dejaría embarazada lo antes posible.

Gimió solo de imaginársela en estado, pero se quedó inmóvil y se controló. Entonces miró su precioso rostro y le dijo con voz ronca:

–Eres mía.

Ella abrió mucho los ojos marrones y Kassius vio dolor en ellos. Se maldijo, se le había olvidado que era virgen.

–Lo siento –le dijo en voz baja–. Se me había olvidado que la primera vez puede doler. Es la primera vez que estoy con una virgen.

–Para mí también es la primera vez –respondió ella sonriendo.

Él le dio un beso en los labios. Sabía a la sal de las lágrimas. Se las limpió a besos. Ella tardó en responder, se quedó inmóvil unos segundos, como acostumbrándose a la sensación de tenerlo dentro.

Entonces Kassius oyó algo así como un suspiro y notó que se empezaba a relajar. La vio alargar una mano a su pecho y acariciárselo.

Él se estremeció, apretó su cuerpo contra el de ella y le encantó la sensación.

Estaba muy, muy suave. Era la primera vez que estaba con una mujer tan sensual. Hasta entonces, siempre había salido con modelos, como todos los multimillonarios.

Hasta entonces.

No supo cuánto tiempo más podría mantenerse quieto. Laney no había podido contener su pasión ni aunque la hubiese tentado con diez millones de dólares.

Kassius quería oírla gemir otra vez. Quería que llegase al clímax de nuevo. Quería que gritase su nombre.

Profundizó el beso y, cuando ella respondió, empezó a moverse poco a poco en su interior.

Clavó la vista en su bonito rostro. Tenía los ojos cerrados, las mejillas sonrosadas y los labios separados. Kassius no pudo resistir la invitación, le mordisqueó el labio inferior, pasó la lengua por él. Y la besó mientras empezaba a moverse más deprisa en su interior.

Notó sus pechos moviéndose contra el de él. La vio retorcerse, sintió que le clavaba las uñas en los hombros. Todo su cuerpo se puso tenso bajo el de él y Laney contuvo la respiración. Entonces, empezó a sacudirse y gritó su nombre. Su nombre…

Aquello era demasiado. Kassius gimió y la empujó con su cuerpo por última vez, muy profundamente, llenándola completamente, y sintió el placer más intenso de toda su vida.

Cuando volvió a abrir los ojos, la luz de la luna había cambiado. Se dio cuenta de que estaba abrazando el pequeño cuerpo de Laney. Aquello era extraño. Nunca se había quedado dormido abrazando a una amante.

Pero tampoco había tenido jamás una noche como aquella. Ni a una mujer así.

La miró y sintió ternura por aquella mujer que se había caído delante de su coche, por la empleada de la empleada de su padre. No era consciente del poder que tenía ya sobre él.

Ni lo sería nunca, él se ocuparía de ocultárselo.

La vio sonreír en sueños y respiró hondo. Era el único hombre que la había tenido y no habría más. La dejaría embarazada lo antes posible, se casaría con ella.

La tendría en su cama todas las noches.

Era suya y no la dejaría marchar.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Laney suspiró satisfecha mientras se aclaraba el champú del pelo. Bostezó y se desperezó en la ducha. Se sentía como si apenas hubiese dormido, pero feliz. Se había despertado irradiando felicidad después de haber pasado la noche con Kassius, durmiendo entre sus brazos. Solo se había despertado cuando el teléfono de él había sonado y había aprovechado su ausencia para meterse en la ducha.

En esos momentos, en el enorme cuarto de baño de mármol blanco del ático, recordó todo lo ocurrido la noche anterior, incluido el hecho de que no habían utilizado protección.

¿En qué había estado pensando?

–Oh, no… –susurró, cerrando los ojos.

Ella era una buena chica que siempre respetaba las reglas. Conocía las consecuencias de un embarazo, sus padres habían roto antes de que su madre descubriese que estaba embarazada de ella, pero se habían casado porque les había parecido lo correcto. Después se habían dado cuenta de que no podían vivir juntos sin discutir y habían aguantado hasta que Laney había cumplido los diez años. Entonces su padre había tenido un terrible accidente en la plataforma petrolífera en la que trabajaba y se había quedado ciego y en silla de ruedas, lo que había resultado ser la gota que había colmado el vaso para su madre.

Rhonda Henry los había abandonado para marcharse a California con su nuevo novio, que era músico, y, cuando el amor se había acabado con él, se había refugiado en el alcohol primero, y en cosas peores después, hasta que había fallecido de una sobredosis.

Y todo aquello había empezado con el embarazo de Rhonda. De no haber sido por eso, tal vez seguiría viva, tal vez su padre estaría fuerte, bien. Si ella no hubiese nacido.

¡Y no había utilizado protección!

Era una idiota. Se tapó el rostro con las manos. ¿Cómo podía haber hecho algo así?

En especial, sabiendo que la iban a despedir ese mismo día.

Cerró el grifo con brusquedad, salió de la ducha y se envolvió

en una toalla.

Limpió el vaho del espejo y se miró en él.

Independientemente de lo que Kassius hubiese dicho la noche anterior, los cuentos de hadas no se hacían realidad. Los príncipes no se casaban con las criadas. Los multimillonarios guapos no se casaban con empleadas normales y corrientes.

Tendría que volver a casa y decidir qué iba a hacer.

Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en volver a casa, al pensar en su abuela y en su padre. Hacía dos años que no los veía. Había tenido que vivir en Mónaco para poder mandarles dinero, pero ¿cómo iban a sobrevivir todos, si ella no tenía trabajo?

Respiró hondo y empezó a peinarse. Sería fuerte, como siempre. Tal vez tuviese suerte. Tal vez pudiese hablar con Mimi y convencerla de que la perdonase.

Se puso un enorme albornoz blanco que había colgado de la puerta, se enrolló las mangas y se ató el cinturón con fuerza antes de ir a la cocina.

–Buenos días –la saludó Kassius–. Me gustas con eso puesto.

Ella se ruborizó.

–Gracias. ¿Hay café?

Él sonrió de oreja a oreja.

–Lo he preparado yo.

–¿De verdad?

La condesa no era capaz ni de servirse un vaso de agua del grifo.

–Es Año Nuevo. Mi empleada tiene el día libre. Y no soy completamente inútil. Puedo preparar café, huevos y tostadas.

–Vaya.

–Pruébalo antes de maravillarte. ¿Leche y azúcar?

–Sí, por favor.

Kassius le sirvió dos cucharaditas de azúcar y un buen chorro de leche. La observó beber.

–¿Está bueno?

Ella suspiró y se relajó.

–Es el mejor café que he probado jamás –admitió con toda sinceridad.

–Eso pienso yo también –dijo él–. Ahora, siéntate.

Un momento después llevó dos platos con tostadas y huevos revueltos. Le puso uno delante y otro enfrente y se sentó a la mesa.

Laney probó la comida y dijo, sorprendida:

–Está delicioso.

–Por supuesto. Todo se me da bien.

–Y además eres muy modesto.

–Tú tampoco lo haces mal. Eres la mujer más sexy que he conocido en toda mi vida.

Aquello le recordó… Laney se mordió el labio inferior.

–Anoche… no utilizamos protección.

–No –dijo él, sin mostrarse arrepentido.

–¿Estaba borracha? ¿O lo estabas tú? –preguntó, dejando el tenedor en el plato–. Quedarse embarazada de alguien a quien casi no conoces es un riesgo demasiado alto…

–Si quieres conocerme mejor, podríamos volver a la cama –respondió Kassius.

Ella sintió calor en el rostro.

–¿Cómo puedes bromear con algo así?

–¿Bromear?

–No me puedo creer que me haya arriesgado a quedarme embarazada sabiendo que he perdido mi trabajo –se lamentó Laney–. ¡Cómo he podido ser tan tonta!

Él la miró con escepticismo.

–¿De verdad te preocupa haberte quedado sin trabajo? No me dirás que echas de menos a Mimi.

–No, pero…

–No tienes de qué preocuparte –le aseguró Kassius, levantándose de repente de la mesa–. Yo te acompañaré a casa de Mimi.

–¿De verdad? ¿Hablarás con ella? ¿Intentarás convencerla para que no me eche?

–No. Lo mejor será terminar con esto lo antes posible.

Laney terminó de hundirse al oír aquello.

–Gracias por el desayuno.

Se levantó y salió de la cocina y él la siguió.

–No hace falta que me acompañes a ver a Mimi –le dijo Laney.

–Por supuesto que sí. De todos modos, tengo que hablar con ella.

–De acuerdo.

Bajaron en silencio en el ascensor. Laney se sentía avergonzada y furiosa consigo misma, pero mirando a Kassius de reojo entendió el motivo por el que no había sido capaz de resistirse a él. Kassius había hecho que se sintiese guapa, deseada. Y ella se había dejado llevar.

Pero el momento se había terminado. En cuanto la despidiesen, haría las maletas y volvería a Nueva Orleans. Y pronto aquella noche, la más increíble de toda su vida, sería solo un recuerdo.

Salvo que se hubiese quedado embarazada.

La puerta del ascensor se abrió y sonó un timbre.

–Después de ti –le dijo Kassius.

En el pasillo, sonó su teléfono y se quedó detrás de ella para responder.

Laney se preguntó si estaría embarazada.

Sonrió al pensar en tener un hijo, un hijo con los ojos oscuros de Kassius…

No. Lo más probable era que no estuviese embarazada. Afortunadamente. No tenía dinero, ni trabajo, ni marido.

Kassius le había dicho la noche anterior que quería casarse y tener una familia, pero unos minutos antes había comentado que tenían que acabar con aquello lo antes posible. Cuando Kassius se casase lo haría con una mujer bella, elegante y sofisticada, de su mismo estatus. Con una mujer como Mimi du Plessis.

Abrió la puerta de la suite de Mimi y respiró hondo antes de entrar.

Su jefa, sentada a la mesa del desayuno, sonrió al verla llegar.

–¿Lo pasaste bien anoche?

Laney se preguntó si sería una pregunta trampa.

–Umm, ¿sí? –empezó–. Espero que me perdone, señora. Le pido disculpas…

–Demasiado tarde –respondió la condesa, inclinándose hacia delante y tendiéndole un billete de cincuenta euros–. Toma.

–¿Qué es? –preguntó ella, confundida.

–Tu última paga.

–Pero si me debe dos semanas completas. Y ocho semanas de vacaciones que…

–Pues no, esto es todo.

–¡Eso es ilegal!

–¿Y quién me va a denunciar? ¿Tú? ¿Piensas que estás a mi nivel porque te has acostado con Kassius Black? No eres nadie, Laney. Nadie. Kassius te ha utilizado y se va a deshacer de ti como de un pañuelo usado.

–Ah, Mimi. Me alegra verte esta mañana.

Mimi dio un grito ahogado al oír la voz profunda de Kassius.

–¡Ah! No esperaba…

–Feliz Año Nuevo –continuó él, metiéndose el teléfono en el bolsillo y sonriendo–. He venido a ayudar a Laney a recoger sus cosas. Y también a hablar contigo.

–¿Conmigo?

–Tenemos varias cosas que discutir.

Laney sintió celos.

–¿Señor?

Un hombre alto y corpulento apareció en la puerta, detrás de Kassius.

–Ah, Benito –dijo él–. ¿Son esas tus maletas, Laney?

Ella asintió.

–¿Es eso todo?

–Por supuesto que es todo –replicó Mimi–. No me voy a quedar aquí con su basura.

Kassius miró al otro hombre.

–Por favor, lleva las cosas de la señorita Henry a mi ático.

–*Tout de suite, monsieur*.

–Gracias.

Kassius volvió a mirar a Laney.

–¿Puedes tú con esa caja?

–Por supuesto que puedo, pero no entiendo…

–Te veré arriba dentro de un rato –la interrumpió él.

Laney frunció el ceño. No entendía por qué Kassius le había pedido a su guardaespaldas que llevase sus cosas al ático. Lo que era evidente era que estaba despedida. Y que Kassius quería hablar a solas con Mimi.

–Claro –respondió, apretándose el cinturón del albornoz–. Hasta luego.

Mientras Benito tomaba las maletas ella se ocupó de la caja con libros antiguos, una planta y la colcha de su abuela. Se dio la vuelta y salió de la suite de Mimi con la mayor dignidad posible.

Una vez en el pasillo, se dirigió al guardaespaldas, o a quien fuese Benito.

–No hace falta llevar las maletas arriba. Me voy a ir directamente al aeropuerto.

El hombre negó con la cabeza.

–Lo siento, señorita, pero el señor Black me ha pedido que lleve las maletas, y a usted, arriba.

Una vez sola en el ático, sintiéndose furiosa, pensó que se vestiría y se marcharía de allí.

Buscó unas braguitas de algodón, una camisa blanca y unos pantalones. Entonces recordó que ya no trabajaba para nadie.

Así que cambió la camisa blanca por una camiseta con un cartel de un concierto de rock en París, en 1976, se puso unos pantalones vaqueros rojos que le quedaban como un guante y una sudadera. Después se recogió el pelo en una cola de caballo y buscó en la maleta un pintalabios rojo. Mirándose en el espejo del

dormitorio se maquilló.

Ya no iba a ser la criada de nadie.

Era una mujer con nuevos horizontes.

Tenía que decidir qué quería hacer con su vida y luchar por ello.

Podía volver a estudiar y formarse para ser enfermera, o profesora. Tenía veinticinco años, ya no era una niña. Encontraría el modo de labrarse una carrera decente, que le permitiese estar cerca de su familia. No sería sencillo, pero merecería la pena.

Y siempre recordaría la fiesta de fin de año en la que se había sentido como la Cenicienta.

Metió la colcha de su abuela en una de las maletas y tiró la caja vacía a la papelera. Luego miró el geranio. Tendría que dejarlo allí. Empezó a buscar su teléfono en el bolso para llamar a un taxi y entonces se quedó inmóvil. No tenía teléfono. El coche de Kassius lo había destrozado.

Aunque podría haber sido mucho peor. Después de varias noches como aquella, podía haberse enamorado de él. Y Kassius podría haberle roto el corazón.

Así que un teléfono no importaba nada.

Cerró la maleta, se incorporó y miró a su alrededor por última vez. El sol brillaba con fuerza, iluminando el mar.

Respiró hondo, puso los hombros rectos y se giró. Tomó las dos maletas y fue hacia la puerta. La abrió y entonces entró Kassius, que la miró sorprendido.

–¿Qué haces?

–¿Tú qué crees? Me marcho.

–¿Te marchas? –repitió él riéndose–. Laney, si no hemos hecho más que empezar.

Ella tragó saliva, notó que se le aceleraba el corazón.

–He dado por hecho que querías estar a solas con Mimi…

–Quería hablar con ella, pero de negocios.

–¿Vas a ofrecerle otro préstamo a su jefe? He conocido a Boris Kuznetsov y me parece agradable. Cuida bien de sus empleados. ¿Por eso le ofreces tantos préstamos? –preguntó con curiosidad–. ¿Para ayudarlo?

–Más o menos –respondió él en tono duro–. Toma.

Le había dado dinero y Laney no se pudo creer que le estuviese pagando por lo ocurrido la noche anterior.

–¿Qué es esto? –inquirió.

–El dinero que Mimi te debía. Dos semanas de salario y las vacaciones.

–¿Cómo lo has conseguido?

Él sonrió.

–Se lo he pedido educadamente.

–¿Y qué vas a querer a cambio?

–¿Piensas que quiero comprarte? –preguntó él en tono divertido–. No puedo comprar lo que ya es mío.

–¿De qué estás hablando? No soy tuya.

–Anoche hicimos un trato. ¿O es que se te ha olvidado?

–Pero lo que hablamos anoche es ridículo, una broma. ¿No esperarás que…?

–Yo no bromeo nunca. Ni me retracto de mi palabra. ¿Tú sí?

Laney levantó la barbilla.

–Según mi experiencia, la gente rica es voluble y caprichosa.

–No es un capricho. Te dije que quería una familia. Quiero una esposa en la que pueda confiar y tuve la sensación de que tú podrías serlo, lo único que te daba miedo era no estar a la altura en la cama.

–Me sedujiste y no me pude resistir –admitió ella en un susurro.

–¿No querrás decir que te hice mía en contra de tu voluntad? –preguntó él, frunciendo el ceño.

–Por supuesto que no –contestó Laney–. Es solo… que las mujeres no son más que una diversión para ti. Cambias de novia como de camisa.

–Estoy dispuesto a comprometerme contigo.

Ella tragó saliva.

–¿No me dijiste las cosas que un hombre dice a una mujer para llevársela a la cama?

–Pretendo casarme contigo, Laney. Pronto. Ya podrías estar esperando un hijo mío.

La idea de casarse con Kassius, de tener un hijo suyo, era como un sueño, pero no podía ser verdad.

–Solo estás jugando conmigo –susurró.

Como respuesta, Kassius la tomó entre sus brazos y la besó.

Luego, se apartó.

–Eres mía –murmuró–. Acepta lo que tu cuerpo ya sabe.

Laney estaba temblando.

–¿Por qué yo? ¡Casi no nos conocemos!

–Por el mismo motivo por el que a veces compro un terreno nada más verlo. A veces uno ve algo y sabe que es lo adecuado.

Ella se preguntó si podía arriesgarse a casarse con un hombre por el que había sentido un flechazo. ¿Podía apostar por el amor a

primera vista?

«¿Amor?».

¿Era posible que lo amase?

–Voy a volver a casa, a Nueva Orleans –le dijo–. A buscar trabajo.

–No –respondió él, pasando las manos lentamente por su espalda–. Vas a quedarte aquí y te vas a casar conmigo, Laney. Y lo sabes.

Ella lo miró. Estaba temblando. Aquello era una locura.

–Pero dos personas que no se conocen no se pueden casar.

–¿No?

Kassius se llevó su mano a los labios.

–¿Quieres que me ponga de rodillas? –le preguntó, llevándose su mano al corazón–. Elaine May Henry, ¿quieres hacerme el honor de convertirte en mi…?

–¡Para! ¡Para! –gritó ella–. ¡No me tomes el pelo!

Él la miró muy serio.

–No te estoy tomando el pelo. Respóndeme.

«No».

La respuesta era no, por supuesto.

Pero…

Pero sí.

Después de toda una vida siendo sensata y buena, trabajando a todas horas y siendo invisible, sintió ganas de ser osada, de sentirse viva.

Espiró.

–De acuerdo.

–¿Sí?

–Sí.

–Ya no hay marcha atrás –le advirtió Kassius.

–Lo sé. Como tú has dicho, trato hecho. Siempre cumplo mis promesas.

–Y yo las mías –respondió él abrazándola–. A partir de ahora, cuidaré siempre de ti, Laney, y de todos tus seres queridos. No tendrás que preocuparte más. Ahora que llevas mi anillo…

–¿Qué anillo? –bromeó ella–. Deberíamos buscar un lazo o una cuerda…

–Voy ahora mismo a una joyería.

–Es broma. Además, es Año Nuevo. Todas las tiendas están cerradas.

Él sonrió de oreja a oreja.

–Abrirán para mí.

Capítulo 5

El dinero, reflexionó Kassius, hacía magia.

Había construido su imperio de la nada, sin buscar el lujo, sino el poder. Desde los dieciséis años había decidido que no volvería a sentirse desesperado e impotente jamás. Que no volverían a ignorarlo ni a olvidarse de él. Había sabido que algún día estaría a la altura del hombre que los había abandonado a su madre y a él.

Con once años, la relativa felicidad de Kassius se había terminado cuando su padre había dejado de repente de ir a verlo y de mandar dinero. No había tenido padre, ni dinero, ni poder, ni nombre. En el barrio había corrido la noticia de que sus padres no habían estado casados y, de repente, tanto su madre como él se habían encontrado marginados por sus vecinos y amigos.

Pero su madre no había querido marcharse de allí porque siempre había tenido la esperanza de que volviese.

No obstante, su padre había preferido luchar por su fortuna, por su sueño de tener una casa en Cap Ferrat, antes que luchar por ellos.

Después de la muerte de su madre, cuando Kassius todavía era un adolescente, lo había vendido todo y se había marchado de Estambul para comprarse un apartamento en un barrio prometedor de Atenas. Se había hecho a sí mismo poco a poco, había pasado muchas noches durmiendo solo cuatro horas, en el suelo.

A lo largo de dos décadas, había levantado todo un imperio internacional. Había comprado propiedades a orillas del mar en Croacia, fábricas en Europa del Este, después se había ido a Europa Occidental, y a América, a Asia y, por último, a África.

En los últimos años la empresa petrolífera de Boris Kuznetsov había tenido problemas y en esos momentos al viejo solo le quedaban dos cosas: el control de una empresa con dificultades y la casa de Cap Ferrat, un lujoso enclave a tan solo treinta minutos de Mónaco.

No, Kassius no había levantado un imperio porque le gustase el lujo. Había querido poder. Y venganza.

No obstante, de vez en cuando también disfrutaba del lujo,

como en esos momentos.

–¿Estás seguro?

Delante del espejo triple de la boutique, Laney se miraba la espalda del ajustado vestido rojo con nerviosismo.

Él estaba sentado en un sofá cercano, con una copa de champán en la mano.

–Estás exquisita.

El vestido se pegaba a su figura curvilínea a la perfección. Kassius no podía apartar la mirada de sus caderas, de la estrecha cintura, de sus generosos pechos…

Laney se miró al espejo con el ceño fruncido.

–Mi abuela me mataría si me viese salir así de casa –admitió, ruborizándose–. ¡Hasta me da vergüenza que me veas tú así vestida!

Kassius dejó la copa de champán que casi no había probado. Se puso en pie, dio una vuelta alrededor de ella y sonrió.

El dinero hacía magia. Había hecho posible todo aquello.

Tiendas de diseñador y salones de belleza que abrían solo para ellos, ansiosos por complacer al misterioso Kassius Black.

Laney se había mostrado reacia a que le comprase nada, así que había tenido que convencerla. Primero le había comprado un teléfono. Después, la había llevado a la joyería más exclusiva de Mónaco para comprarle un anillo de compromiso con un diamante de veinte quilates engarzado en platino. Laney había protestado, pero él la había convencido, asegurándose de que no se enteraba de cuánto costaba.

Después del anillo habían ido a comer al puerto. Tras la comida, Laney había ido a una peluquería muy conocida donde le habían cortado el pelo, le habían hecho la manicura y la pedicura y la habían maquillado y definido las cejas.

Kassius estaba seguro de que era la primera vez que Laney se dejaba mimar así.

Después de la peluquería la había llevado de compras para sustituir su ropa barata por conjuntos elegantes y sofisticados que iba a necesitar para su nueva vida. Kassius había disfrutado especialmente ayudándola a elegir la lencería, pero aquello…

Se quedaba sin respiración mirando a su futura esposa.

–Déjennos solos –les dijo a las dos dependientas y al dueño de la boutique.

Los tres dudaron un instante.

–Ahora –dijo Kassius.

El dueño dio un par de palmadas y poco después habían

desaparecido los tres.

–¿Todo el mundo te obedece? –le preguntó Laney.

Él se acercó y la besó en el hombro desnudo.

–Sí.

–No pensarás… –le dijo ella casi sin aliento.

Kassius la apoyó contra el espejo y la besó apasionadamente mientras le acariciaba los pechos a través del vestido.

–Aquí no –protestó Laney–. Podrían volver…

–No lo harán –susurró él.

–Es de mala educación echarlos de su propia tienda, después de haberlos hecho venir el día de Año Nuevo.

–Les pagaré muy bien para que esperen y no vean ni oigan nada.

–Pero y si…

–Que nos oigan –la interrumpió Kassius en tono frío–. Que el mundo entero nos oiga, que nos vean y deseen que fueras suya. Que sientan celos de que eres mía.

La volvió a besar y ella suspiró.

Kassius no podía desearla más. Le levantó el vestido hasta las caderas y la ayudó a abrazarlo con las piernas. Se desabrochó el pantalón, le apartó las braguitas y, sin pedir permiso, la penetró.

Ella dio un grito ahogado y se aferró a él. Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Balanceó las caderas para ayudarlo y, cuando Kassius la oyó gritar de placer, se dejó llevar completamente.

Por un instante se quedó inmóvil en aquella posición y después la ayudó a bajar poco a poco. Se abrochó los pantalones y la ayudó a bajarse el vestido.

–Creo que vamos a tener que comprarlo –comentó.

–¿Y de quién es la culpa? –preguntó Laney.

–Tuya.

–¿Mía?

–Por ser tan sexy –le respondió Kassius–. Estoy deseando casarme contigo.

–¿Cuándo tienes pensado hacerlo? Llevamos todo el día de un lado a otro. ¿No querrás que nos casemos ahora, con este vestido?

Él se echó a reír.

–Vamos a cenar en Le Coq d'Or. Podemos hablar de la boda con una copa de vino.

–¿Le Coq d'Or? –repitió ella–. ¿Cómo has conseguido hacer la reserva? He oído quejarse a la condesa de que es imposible.

Kassius se encogió de hombros.

–Los he llamado hoy y les he dicho quién era. De repente, tenían una mesa libre.

–Siempre consigues todo lo que quieres, ¿verdad? –le dijo ella, como si aquello la molestase–. Nunca tienes que esperar.

–A veces, sí –dijo él muy serio, pensando en sus planes de venganza.

Diez minutos más tarde, Benito y el chófer estaban metiendo un montón de bolsas en el maletero del coche y Laney llevaba un bonito abrigo negro largo encima del vestido rojo.

–¿Por qué no vamos andando? –preguntó Laney–. Hace una tarde preciosa y Le Coq d'Or está colina arriba.

–Vamos a tardar por lo menos media hora.

–¿Y?

Él bajó la vista a sus tacones.

–¿Con eso? La mayoría de las mujeres se quejarían de tener que andar con unos zapatos así, por muy acostumbradas que estuviesen.

–La mayoría de las mujeres no están acostumbradas a trabajar entre dieciséis y veinte horas al día, de pie.

–Es cierto.

–Así que vamos a subir andando –insistió Laney.

Kassius se encogió de hombros.

–Como quieras.

Hizo un gesto al guardaespaldas y al chófer, que se subieron al coche. Laney echó a andar con paso firme. Diez pasos más tarde tuvo que agarrarse a su brazo.

–¿Estás segura de esto?

–Si tengo problemas es culpa tuya.

–¿Porque te he comprado los zapatos de tacón?

–Porque me has comprado un anillo demasiado grande, que me desequilibra.

Kassius se echó a reír. Laney lo fascinaba. De repente, volvió a desearla.

–Podríamos saltarnos la cena y volver al ático.

–¿En serio?

–¿Por qué no?

–¿Estás intentando matarme de hambre?

–Está bien, iremos a cenar primero.

Ella lo miró triunfante, aunque diez minutos después su gesto era de dolor.

–Llamaré al chófer.

–¿Por qué? ¿Estás cansado?

Kassius no entendía por qué estaba siendo tan testaruda con aquello.

–Quítate los zapatos y ve descalza.

–Estoy bien –respondió Laney, obligándose a sonreír.

Cuando solo faltaban dos manzanas para llegar al restaurante, Laney empezó a tambalearse. Tenía los pies enrojecidos y sangre en el talón. Kassius la tomó en brazos.

–¿Qué haces?

–No voy a permitir que te mates solo por orgullo, eres una tonta.

Ella protestó, pero Kassius no le hizo caso y la llevó así hasta la puerta del restaurante.

–*Bonsoir* –saludó al portero y a los aparcacoches, que los miraban con sorpresa.

–¡Déjame en el suelo! –le pidió Laney, procediendo después a dedicar todo tipo de improperios a Kassius.

Cuando sus pies tocaron el suelo, Laney hizo un gesto de dolor y él se agachó para quitarle los zapatos.

–Laney, ¿qué estás intentando demostrar?

–¡Nada!

–Laney, eres más dura que nadie. Eres mejor que ninguna otra mujer con la que he estado. ¿Es eso lo que estabas intentando demostrar? Pues ya está. Además, eres muchísimo más sexy que cualquiera.

–No pretendía demostrar nada –respondió ella, ruborizándose–. Y no soy sexy.

–¿Quieres que te demuestre aquí y ahora cuánto te deseo?

–No –dijo ella.

–Es verdad, no puedo dejarte morir de hambre.

Se inclinó hacia ella y le susurró:

–Sobre todo, teniendo en cuenta lo que tengo pensado para después.

Laney lo miró con los ojos muy abiertos y se humedeció los labios, lo que hizo que Kassius desease besarla todavía más.

Metió los zapatos en el bolso de Laney y entraron en el local. En cuanto el maître los vio, su actitud fue obsequiosa.

–*Monsieur* Black, bienvenido. Su mesa está preparada –dijo, bajando la mirada un instante a los pies descalzos de Laney, pero sin dejar de sonreír–. ¿Me dan sus abrigos? Por aquí, por favor, *monsieur, mademoiselle*.

Laney agarró a Kassius de la mano mientras atravesaban el restaurante, que estaba lleno de personas de distintas

nacionalidades. Las conversaciones de las mesas se fueron apagando a su paso.

–Me están mirando –le susurró Laney a Kassius.

–Porque eres preciosa –respondió él.

–Porque estoy descalza. Deben de pensar que soy una pueblerina.

–Estás conmigo. Puedes ser lo que tú quieras.

Después de decir aquello, Kassius recordó a su propia madre antes de morir.

–Puedes ser lo que tú quieras, cariño –le había dicho–. Mis padres querían que me quedase en casa y ejerciese de esposa en una gran mansión.

–¿Y por qué no lo hiciste? –le había preguntado él.

–Porque quería correr aventuras –le había contestado Emmaline Cash–. Y lo conseguí. Es el secreto de la vida. Puedes ser lo que tú quieras, cariño. Siempre y cuando estés dispuesto a pagar el precio… No te conformes con lo que los demás quieran para ti, ni con la vida que tienes. Puedes decidir.

–¿Te arrepientes de algo, mamá? –había vuelto a preguntar él.

Su madre había esbozado una sonrisa.

–Me gustaría poder vivir lo suficiente para ver al hombre en el que te vas a convertir, y a la familia que algún día formarás. Y me gustaría haberme dado cuenta de que tu padre era un mentiroso desde el principio. Si hubiese tenido el valor de dejarlo, nuestras vidas habrían sido muy diferentes. Tal vez habría podido encontrar a otro hombre que nos hubiese querido, pero estaba tan segura… Nunca destroces tu vida, ni la de tus hijos, deseando y esperando que alguien cambie…

–¿Kassius?

Él volvió al presente.

–Así que puedo ser lo que yo quiera, ¿no? ¿Qué te parece una bailarina, o una domadora de leones?

–¿Por qué no?

Se preguntó qué diría Laney si le hablaba de su pasado. Pero si revelaba su verdadero apellido alguien podría utilizar aquella información para hacerle daño. A lo largo de los años había aprendido a desconfiar, a ser egoísta y pensar en sus propios deseos. Aunque hiciese daño a otros. Había aprendido a preocuparse solo por sí mismo.

Había elegido a Laney porque la deseaba, pero también por su dulzura y su inocencia. Por su corazón.

Había pensado que tal vez pudiese confiar en ella, pero por el

momento no podía hacerlo.

–Pienso que serías una excelente domadora de leones –comentó, abriendo la carta–. Vamos a ver qué hay.

Ella leyó la carta también.

–Ahora mismo mataría por algún plato típico sureño –comentó ella–. Tal vez podríamos parar en un supermercado antes de volver a tu ático.

–¿Sabes cocinar?

–Por supuesto. Mi abuela me enseñó.

El camarero se acercó a tomarles nota y a pesar de que Kassius solo podía pensar en la cocina de su niñez, pidió dos menús de degustación y una botella de vino tinto.

–He intentado contratar a un cocinero que conozca la cocina sureña para mi chalet de la montaña, en Gstaad, pero no lo he conseguido.

–No has debido de buscar bien. De donde yo vengo, todo el mundo sabe cocinar.

–¿No trabajaste de ayudante de un conocido chef de Luisiana?

Laney frunció el ceño.

–¿Cómo lo sabes?

Kassius no le había contado que la había hecho investigar.

Se encogió de hombros y sonrió de manera encantadora.

–Lo he oído en alguna parte.

–Ah. Sí, es cierto que aprendí algunas cosas de él. Aunque para mí la mejor cocinera de Nueva Orleans es mi abuela.

–Eso es mucho decir.

–Es la verdad, me enseñó todo lo que sabe.

Kassius se estremeció. Deseó no estar en un restaurante en el que el menú costaba fácilmente quinientos euros, sino delante de un plato de comida casera. Deseó estar en casa y que alguien cocinase para él, no por dinero, sino por amor.

El camarero les llevó el vino y le sirvió un poco. Kassius lo hizo girar en la copa, lo probó y asintió. El camarero llenó ambas copas.

–Llevo dos años sin ir a casa. Lo echo de menos.

–¿El qué echas de menos?

–A mi familia. La ciudad. La comida. El olor a cipreses y a magnolias. Todo –dijo ella, suspirando y dando un sorbo a su copa–. Incluso el Carnaval. Qué fiesta. Toda la ciudad se vuelve loca.

–Suena… bien

A su madre también le había encantado el Carnaval, pero él no

había estado nunca en Nueva Orleans, ni había visto la casa en la que su madre había nacido. Sus padres, ricos y severos, la habían desheredado con diecinueve años, cuando Emmaline se había escapado de casa para convertirse en azafata en vez de acceder al matrimonio de conveniencia que sus padres le habían buscado. Dieciséis años después, el padre de su hijo la había abandonado, dejándola desesperada y muy enferma, y ella había escrito a sus padres para pedirles ayuda. Les había pedido que se ocupasen de su hijo adolescente si ella fallecía.

Pero sus padres se habían negado.

Su madre nunca se lo había contado, pero Kassius había encontrado una carta después de la muerte de ella.

Sus abuelos le habían escrito después de la muerte de su madre para intentar que formase parte de sus vidas.

«Pensábamos que solo quería dinero. No sabíamos que estuviese tan enferma».

Él había tirado la carta a la basura y se había marchado a Atenas.

Años después, tras la muerte de sus abuelos, cuando ya era rico, había comprado su vieja casa de Nueva Orleans. La había hecho derruir. Ni siquiera había querido verla.

Pero, de repente, sintió ganas de ir a Nueva Orleans y conocer la ciudad a través de los ojos de Laney.

–Me parece un buen lugar para ir de luna de miel.

–¿Qué dices?

–Podríamos casarnos allí. ¿No es Carnaval el mes que viene?

Ella lo miró, de repente parecía feliz.

–¿De verdad? ¿Podría venir mi familia?

Aquello parecía ilusionarla mucho más que todo lo que Kassius le había regalado a lo largo del día. Le encantó verla así.

–Por supuesto, si es lo que quieres. Por cierto… dado que estabas tan preocupada por la situación económica de tu familia, le he pedido a mi gerente que les llame y que se asegure de que tienen todo lo que necesiten.

–¿En serio?

–Por supuesto.

–Oh, Kassius… –dijo Laney, mordiéndose el labio inferior–. No sé si mi padre va a aceptar…

–Por supuesto que sí –le aseguró él–. Es mi responsabilidad, cuidar de ellos. Además, el dinero no es lo que importa.

–¿Qué es lo que importa?

Él la miró fijamente.

–Terminar esta maldita cena –le contestó él con toda sinceridad–, para que pueda volver a llevarte a la cama.

–Espera.

Laney se levantó de la silla, se sentó en su regazo y lo abrazó por el cuello, consciente de que todo el restaurante los miraba.

–Te pienso compensar esta noche –le dijo a Kassius al oído.

Y él sintió que le ardía la sangre en las venas.

–Oh, no –gimió Laney mirando la báscula del cuarto de baño.

Después se miró al espejo. Tenía el rostro verde.

Era normal. Llevaba ocho semanas, desde que se habían marchado de Mónaco, teniéndolo todo.

Para empezar, habían viajado demasiado. Había acompañado de Kassius de Londres a Berlín, después a Tokio, a Johannesburgo, a Sídney y a Nairobi, de allí a Santiago y después de vuelta a Londres. Todo en su avión privado. Se sentía agotada solo de pensarlo.

Había hecho demasiadas compras: ropa, bolsos, zapatos y joyas. No había tenido tiempo de utilizar ni la mitad de las cosas.

Y había pasado demasiado tiempo planeando su boda en Nueva Orleans. Ella habría querido algo sencillo, pero Kassius había insistido en contratar a una organizadora de bodas y Laney se pasaba el día hablando con ella por teléfono, pasando demasiadas horas tomando decisiones ridículas, como el color del iPad que iban a regalar a los invitados.

Y, lo peor de todo, las múltiples cenas de trabajo de Kassius a las que había tenido que asistir, con hombres gordos de rostros colorados y sus esqueléticas novias y mujeres.

Kassius la había amenazado con romper el compromiso si se quedaba tan delgada como ellas, y a Laney le había gustado el cumplido, pero…

Lo cierto era que había adelgazado.

Llevaba cuatro días con náuseas, sintiéndose mal. Tan mal que había dejado que Kassius se marchase solo a Hong Kong.

Aunque a ninguno de los dos le hubiese gustado la idea.

Le gustaba despertarse a su lado y verlo antes de irse a dormir. Estaba empezando a sentir que tenían… una relación.

Se estremeció solo de pensarlo.

Todos los planes de vida que había hecho en el pasado palidecían comparados con la felicidad de estar con él. Ya no pensaba más en ir a la universidad ni en encontrar trabajo. De

hecho, la idea la horrorizaba. Allí estaba ella, una mujer del siglo XXI que lo único que quería era ser la amante, la esposa, de aquel hombre.

Y, tal vez, la madre de su hijo. Iban a formar una familia. Y pasar los días con él la hacía feliz.

Se preguntó si Kassius sentiría lo mismo. Quería que lo acompañase a todas partes y ese era el motivo por el que, después de ocho semanas juntos, todavía no le había permitido que fuese a visitar a su familia a Nueva Orleans.

–Los vas a ver muy pronto, en la boda –le había dicho–. Hasta entonces, quiero que estés conmigo. Eres mi mujer.

Aquellas palabras la habían llenado de felicidad.

Kassius regresaba de Hong Kong esa noche, pero ella llevaba cuatro días encontrándose mal, casi sin salir de la cama.

Desde que se habían marchado de Mónaco se habían establecido en Londres. A Laney le había gustado la ciudad nada más llegar.

Vivían en una casa de cuatro plantas en el barrio de Knightsbridge, donde además del guardaespaldas y el chófer los habían estado esperando cuatro personas del servicio más.

Laney había tenido la sensación de no caerle bien a la señora Beresford, el ama de llaves, pero Kassius le había dicho que no se preocupase, que la otra mujer estaba nerviosa porque ella era su nueva jefa.

Además de compartir la cama de Kassius, Laney tenía que acompañarlo cuando asistía a actos sociales, o a sus odiosas cenas de trabajo, en las que Laney siempre tenía miedo de no estar a la altura.

Cuando había llamado a su abuela y a su padre para contarles que estaba comprometida con Kassius, su abuela se había mostrado sorprendida y le había expresado sus dudas, y su padre, directamente, se había enfadado.

–¿Qué clase de hombre pide en matrimonio a una mujer en dos días? –le había preguntado.

–Nos conocimos y supimos… –había contestado ella–. Kassius es un hombre increíble, papá.

–¿Tan increíble que no te deja que vengas a vernos? ¿Tan increíble que no se ha molestado en conocer a tu familia y en pedirle tu mano a tu padre?

–Está deseando conoceros, pero es un hombre importante y está muy ocupado…

–¿Ocupado? ¿Haciendo qué? ¿Contando dinero? ¿Viajando por

todo el mundo en su avión privado? Por todo el mundo, menos a conocer a tu familia. Admítelo, Laney, ese hombre no te respeta. Ni nos respeta a nosotros.

No, hablar con su familia ya no le resultaba tan reconfortante como en el pasado, pero al menos el gerente de Kassius le había asegurado que habían sido informados de que tenían a su disposición todos los recursos financieros que pudiesen necesitar. Y no los habían rechazado, lo que para Laney era una buena señal.

Faltaba poco para la boda, al día siguiente viajaría con Kassius a Nueva Orleans y se casarían dos días después. Iba a ser todo muy rápido, pero Kassius había estado ocupado con un negocio en Asia.

Al menos su vestido de novia estaba terminado. Su abuela le había enviado a Kassius el vestido con el que se había casado cincuenta años antes y lo habían arreglado para que Laney pudiese llevarlo también. La semana anterior, cuando se lo había probado, no había podido evitar echarse a llorar.

–Todo está organizado. Va a ser una boda perfecta, señorita Henry –le había asegurado la organizadora por teléfono.

Pero Laney pensó que no iba a ser una boda perfecta si ella estaba todo el tiempo con ganas de vomitar.

Pensó en llamar a un médico. Lo cierto era que estaba empezando a preocuparse. Llevaba cuatro días subsistiendo a base de galletitas saladas y limonada, y no se encontraba mejor. Estaba muy cansada…

–¿Necesita algo, señora? –preguntó la señora Beresford asomándose a la puerta–. Me voy a retirar a dormir.

Frunció el ceño y se acercó más.

–¿Se encuentra bien, señorita Henry?

Laney se sentó recta en el sofá.

–¿Me puede ayudar a encontrar a un médico que pueda venir a casa?

Dos horas después, el doctor Khan la felicitó y se marchó. Y Laney volvió al sofá, aturdida.

No estaba enferma… Estaba embarazada.

–Oh, querida –le dijo la señora Beresford, dándole una palmadita en el hombro–. Me alegro tanto. Llevaba toda la semana pensándolo.

–¿De verdad?

El ama de llaves se retiró y Laney se hizo un ovillo en el sofá, bajo la colcha de su abuela, para esperar a que Kassius llegase a casa del aeropuerto.

Un bebé. Pronto tendría un bebé en brazos. Un bebé de Kassius

y suyo.

Se emocionó, estaba feliz y nerviosa al mismo tiempo.

No podía dejar de pensar en las palabras de su familia.

No obstante, ella sabía que Kassius la respetaba, que quería formar una familia con ella, que le gustaba su compañía.

Aunque lo que quería Laney era que la quisiese.

Que la quisiese como ella lo quería a él.

Porque se había enamorado.

Para ella, había sido amor a primera vista.

¿Y para él?

Kassius nunca hablaba de amor. Aunque Laney intentaba convencerse a sí misma de que también debía de haberse enamorado de ella nada más conocerla, si no, no le habría pedido que se casasen.

Kassius no solía hablar de sentimientos y, cuando Laney le hacía preguntas demasiado personales, cambiaba de tema de conversación. Tampoco le preguntaba a ella sobre sus sentimientos ni su pasado.

Tal vez la noticia del bebé hiciese que Kassius se abriese y le dejase entrar en su corazón.

El guardaespaldas llamó una hora después.

–Acabo de enterarme de que el avión del señor Black va a llegar con retraso. ¿Necesita algo, señorita Laney?

–No, gracias, Benito, estoy bien.

Laney debió de dormirse poco después, porque se sobresaltó al oír que se cerraba la puerta principal. Oyó la voz de Kassius y se sentó en el sofá, dispuesta a llamarlo.

Entonces oyó también una risa de mujer.

–Te arriesgas mucho trayéndome aquí. ¿Y si la pequeña Laney nos oye? –dijo una voz que a Laney le resultó familiar.

–No te preocupes, duerme muy profundamente.

–¿Y no sabe lo que tramas? Pensé que estabais muy unidos. He oído que os ibais a casar.

–Sí.

–Pues qué relación tan rara. Ha pasado de ser mi criada a convertirse en la tuya.

Laney se asomó y vio a Kassius y a su antigua jefa, Mimi du Plessis.

–Toma –le dijo él, dándole una caja de terciopelo negro–. Lo que te prometí.

Ella la abrió y sonrió.

–Eres un hombre de palabra –contestó, apartándose la melena

rubia del cuello–. Pónmelo tú.

Kassius dejó la caja sobre la mesa del recibidor, sacó un collar de diamantes y se lo puso.

–Ya está.

–Bien –dijo ella, girándose a mirarlo–. Aunque pienso que te habría sido más barato casarte conmigo que pagarme con regalos.

–O no.

–O no –repitió ella–. Hasta la próxima.

Mimi du Plessis se marchó y, cuando la puerta se cerró tras ella, Kassius espiró y se quitó el largo abrigo negro.

Temblando, Laney se levantó del sofá y salió al recibidor. Al verla, el rostro cansado de Kassius se iluminó, pero a ella no le importó.

–¿Se puede saber qué pasa aquí? –inquirió.

–Laney…

–¿Qué estaba haciendo ella aquí? ¿Por qué le has dado una joya? ¿Por qué?

–¿Me estabas espiando? ¿Estabas esperando en la oscuridad a ver qué podías descubrir? –le preguntó él.

–Me he quedado dormida en el sofá, esperándote para contarte… –se interrumpió–. ¡No importa! ¡Os he oído!

–¿Y qué es exactamente lo que crees haber oído?

–¿Tienes una aventura con ella?

–¿Me lo preguntas en serio?

Laney sintió náuseas y tuvo miedo de vomitar allí mismo.

–¿La quieres a ella? ¿Es eso? ¿Me has pedido que me case contigo para darle celos?

Kassius apretó la mandíbula.

–Si vas a seguir diciendo tonterías, me voy a la cama.

Él se dispuso a marcharse, pero Laney notó que se le doblaban las rodillas y que se caía hacia la pared. Kassius la sujetó.

–¿Qué te pasa?

–Estoy bien –respondió ella–. Solo estoy furiosa y…

«Aterrada». Estaba aterrada.

–No estás bien –le dijo él, tomándola en brazos.

Laney se sentía tan débil que no pudo ni protestar. Dejó que Kassius la llevase a la cama y le sirviese un vaso de agua.

–¿Por qué no me has dicho que estabas enferma?

–No es nada.

–Voy a llamar a un médico.

–Ya ha venido uno…

–¿Y?

–Solo dime la verdad –le rogó Laney, agarrándolo del brazo–. ¿La amas?

–Por supuesto que no.

–Porque si la amas…

–No la quiero a ella, ni a nadie.

Su respuesta, en vez de tranquilizarla, lo empeoró todo.

–¿A nadie? –repitió Laney, respirando hondo–. ¿Tampoco a mí?

Kassius se sentó en la cama, a su lado.

–No –respondió en voz baja–. Lo siento.

–Entonces, ¿por qué me has pedido que me case contigo? –le preguntó.

–Ya te lo dije. Por el sexo, porque quiero un hogar, una familia. Hijos.

–Pero se supone que todo eso tiene que estar basado en el amor –le contestó ella–. Tal vez con el tiempo…

La expresión de Kassius se endureció.

–No, Laney –la interrumpió–. Pensé que lo habías entendido. No soy una persona sentimental.

–¿Qué te ocurrió? ¿Por qué eres así?

Kassius la miró fijamente unos segundos. Después se levantó de la cama y se acercó a la ventana. La abrió y respiró hondo. Era febrero y el aire era muy frío.

El invierno en Londres era mucho más duro que en Mónaco o en Nueva Orleans. Tal vez fuese el alma de Laney lo que, de repente, se había quedado helado. O su corazón.

El viento movió las cortinas mientras Kassius miraba hacia afuera. Entonces, se giró hacia ella.

–El amor nunca ha formado parte de nuestro trato. Y lo sabías.

–¡No, no lo sabía! –le gritó ella.

–Claro que sí –respondió él–. ¿Quieres romper nuestro compromiso?

Laney pensó en decirle que sí. Si hubiese sabido desde el principio que Kassius jamás la querría… que solo iba a darle su dinero, pero jamás su alma…

Pero ya era demasiado tarde. No podía marcharse. Estaba embarazada y eso era lo más importante. Su hijo se merecía un padre. Mientras Kassius quisiese al bebé, podría soportar vivir con él.

Aunque sabía que iba a sufrir mucho. Quería que Kassius la amase. Lo deseaba desesperadamente.

Si al menos cupiese una posibilidad, por pequeña que fuese…

–Si no puedes aceptar lo que te ofrezco –le dijo él–, tal vez

sería mejor que te marchases.

Ella se mordió el labio inferior y lo miró.

–Quizás podríamos conocernos mejor. Sé que no te gusta hablar de ti mismo, pero puedo contarte más cosas de mí. Cómo crecí y…

–Ya lo sé todo –la interrumpió Kassius en tono aburrido–. Contraté a un detective para que te investigara. Lo sé todo de ti.

Aquello la dejó helada.

–¿Sabes lo del accidente de mi padre? ¿Y que mi madre nos abandonó?

–Todo.

–¿Desde cuándo?

–Desde la fiesta de Nochevieja.

Desde antes del primer beso, Kassius lo había sabido todo de ella. Y ella no sabía apenas nada de él.

Laney volvió a sentir náuseas. Se sintió… violada.

–Si querías saber de mi pasado, podías haberme preguntado.

–Es más eficaz comprar la información.

–¿Por qué eres así?

–¿Así? ¿Cómo?

–Tan frío –susurró Laney–. A veces eres cariñoso y otras… tan frío. Como si no te importase nadie y te gustase ser así.

–Tienes razón.

–Tenía que habérmelo imaginado. La gente normal no se convierte en multimillonaria. Para ganar tanto dinero hace falta ser frío y concentrarse solo en eso, en ganar dinero.

–¿Y se te ocurre ahora?

–Las personas capaces de eso tienen un agujero en el corazón –continuó–. ¿Qué causó el tuyo, Kassius? ¿Qué hizo que quisieses sacrificar tu propia felicidad para conseguir dinero y poder?

Él la miró con la mandíbula apretada.

–Era pobre y conseguí hacerme rico. ¿Piensas que eso demuestra que no tengo corazón?

–No es eso lo que he dicho…

–¿Qué quieres de mí, Laney?

–Quiero…

«Que permitas que te ame. Y quiero tu amor».

Pero no podía decirle aquello porque ya sabía cuál iba a ser la respuesta. Así que se humedeció los labios y contestó:

–Quiero saber un poco más de ti. Como tu futura esposa, supongo que tengo derecho. ¡Es mi obligación!

Él puso los ojos en blanco.

–Está bien. ¿Qué quieres saber?
–Para empezar, ¿de dónde eres?
–De muchos sitios. Soy ciudadano del mundo.
–¿Dónde naciste?
–¿Acaso importa?
–¿Cuál es tu lengua materna?
–Hablo seis idiomas. Todos son igual de importantes para mí.
–Supongo que tienes un pasaporte.
–Tengo varios. Y son legales, por supuesto. Invierto en muchos países. ¿Sabes que estoy construyendo un rascacielos en Malasia que va a ser el más alto del mundo? Doy trabajo bien remunerado a sus ciudadanos.
–Y ganas dinero.
–Por supuesto. Si no, ¿por qué lo haría?
–¿Y por qué le prestas tanto dinero a Boris Kuznetsov? Tienes que saber que nunca te lo va a devolver. Hasta Mimi lo dice. ¿En qué te beneficia a ti?
–Eso no es asunto tuyo.
–¿Qué tiene que ver con Mimi? ¿Por qué la has traído aquí y por qué le has regalado diamantes? Si no tienes una aventura con ella…
–¿Quieres conocerme? Pues así no lo vas a conseguir. La gente no se conoce hablando. Se esconde hablando. No tengo una aventura con Mimi du Plessis, créeme. Jamás te traicionaré, Laney. Si no quieres que te mienta, no me hagas preguntas a las que no puedo responder.
–¿No puedes o no quieres?
–Es lo mismo.
–Quieres que me mantenga fuera de tu vida, ¿es eso? Quieres que me limite a ser cariñosa en la cama, pero no quieres que me enfrente a ti. Mimi tenía razón, quieres una criada, no una esposa.
–Soy quien soy. Si no te gusta, márchate.
Su voz era fría. Como si realmente no le importase la decisión de Laney. Como si pudiese conseguir otra prometida al día siguiente. Y probablemente fuese así.
Mientras que ella estaba atrapada, por obligación y por devoción.
Se había enamorado de él sin molestarse en conocerlo.
Pasó los dedos por el enorme diamante de su mano izquierda. Deseaba dejarse llevar por el orgullo, quitarse el anillo y tirárselo a la cara. Deseaba decirle dónde podía meterse el anillo, y su frío corazón.

Pero no podía hacerlo. Estaba embarazada de Kassius.

Pensó en su abuela, en su padre, en su casa. Su familia había tenido razón, pero ella había estado ciega.

–¿Y si tienes un hijo? –susurró.

–Si tengo un hijo, ¿qué?

–Si tenemos un hijo… ¿tampoco lo querrás?

–Eso es diferente. Lo protegeré y me aseguraré de que se sienta seguro y querido.

Ella espiró y cerró los ojos. Había sido ella la que había cometido el error, no el bebé. Sería ella la que pagaría por él.

Tragó saliva, aturdida, y se obligó a añadir:

–Tengo que contarte algo.

Kassius parecía molesto. Era como si estuviese dando por hecho que iba a decirle algo que no quería oír, como que lo quería.

–Mira, Laney –le dijo–. Ha sido un día muy largo. Mañana nos vamos a Nueva Orleans, y pasado mañana es la boda. Ya he tenido suficiente. Me voy a la cama.

«Me voy a la cama».

Llevaban cuatro días sin verse y Kassius quería irse a la cama solo. Era la primera vez desde que se conocían que no intentaba seducirla. Laney se volvió a preguntar si tendría algo que ver con Mimi du Plessis.

Pero tenía que hacer lo correcto. Que Kassius no fuese capaz de amarla no le daba derecho a quitarle a la única persona a la que podría querer: su hijo.

–Espera –le pidió con voz ronca.

–¿Qué me quieres decir?

Con lágrimas en los ojos, Laney le dio la noticia que unas horas antes la había hecho tan feliz.

–Estoy embarazada.

Capítulo 6

Estamos aterrizando en Nueva Orleans, señor –anunció la voz del piloto.

Kassius se puso en pie y miró hacia donde estaba su futura esposa, acurrucada en un sofá de cuero blanco, lo más lejos posible de él.

Al menos, parecía tener menos náuseas. Solo se había pasado una hora en el cuarto de baño. El resto del tiempo había estado hecha un ovillo bajo aquella colcha, negándose a hablar con él.

Kassius apretó los dientes.

¿Qué había esperado? Había elegido a Laney porque tenía un gran corazón, era sincera y buena por naturaleza. Era normal que hubiese esperado que el amor formase parte de su matrimonio. Laney no era como Mimi du Plessis, a la que solo la movía la codicia. Esta última había empezado a sospechar de los motivos por los que Kassius prestaba dinero a Boris Kuznetsov, así que había tenido que comprarla con regalos.

No obstante, sabía que antes o después Mimi empezaría a chantajearlo y necesitaba algo más de tiempo. Un par de meses más.

Su hijo nacería algo más tarde de esa época, en septiembre. Todos sus planes se estaban cumpliendo a la perfección.

Laney, embarazada de él. Kassius casi no se lo podía creer.

Al día siguiente se casarían. La idea lo ponía ligeramente nervioso. ¿Por qué? ¿Porque casi tenía todo lo que quería? El dinero, el poder, la esposa, el hijo, un imperio, una familia.

Todo lo que le había faltado en el pasado. Todo…

Miró a Laney. Todo, salvo una novia que quisiera mirarlo a la cara. Apretó los dientes y se acercó a ella.

–No tardaremos en aterrizar.

–Ya lo he oído –replicó Laney en tono frío.

–Deberías abrocharte el cinturón.

–Ya está.

Molesto, Kassius volvió a su asiento y se abrochó también el cinturón.

Se preguntó si debía haber mentido la noche anterior. ¿Por qué

no se había limitado a decirle lo que quería oír? Si lo hubiese hecho, Laney habría sonreído y lo habría besado, y se lo habría llevado a la cama.

Pero como no lo había hecho, ella había dormido en la habitación de invitados.

Se cruzó de brazos, estaba enfadado. Le había dicho a Laney la verdad, pero era evidente que ella no se lo agradecía.

Había dormido en la habitación de invitados y no le había vuelto a hablar. A Kassius no le gustaba aquello. Despertaba en él la única emoción con la que se sentía cómodo.

La ira.

Cuando el avión aterrizó en el pequeño aeropuerto privado que había a las afueras de Nueva Orleans, Laney siguió sin mirarlo a los ojos.

Bajaron a tierra firme y Kassius sintió inmediatamente el calor y la humedad.

–¿Dónde estamos? ¿En la selva? –preguntó, quitándose la chaqueta y remangándose la camisa.

–Es casi marzo. Hace más calor del acostumbrado por Carnaval –comentó Laney, mirándolo con frialdad–. Ahora te va a tocar adaptarte a ti.

Pasó a su lado, orgullosa como una reina, y se dirigió hacia donde el chófer los esperaba con la puerta del coche abierta.

Kassius la observó. Estaba preciosa con aquel vestido negro. Había aprendido a andar con tacones y llevaba un bolso muy caro colgado del brazo, como si hubiese llevado aquel tipo de bolsos toda la vida. De repente, echó de menos a la Laney del principio. Aquella Laney era más dura. La vio subirse al Bentley sin mirar atrás, sin sonreír.

Cuando el chófer y el guardaespaldas hubieron metido todo el equipaje en el maletero del coche, salieron del aeropuerto en dirección a la casa de la abuela de Laney.

Kassius miró por la ventanilla. Laney tenía razón. Incluso el aire olía diferente. Bajó la ventanilla y respiró hondo. Era finales de febrero, pero el ambiente era cálido y húmedo. Y había algo más. Cerró los ojos y aspiró.

Olía a flores exóticas y a sal. Era la primera vez que llegaba tan al sur de Estados Unidos, siempre había visitado California, Nueva York y Washington.

Pero su madre había nacido allí. Kassius se preguntó cómo habría sido su vida si esta no se hubiese marchado a Estambul cuando Boris se negó a casarse con ella. ¿Qué habría ocurrido si

hubiese vuelto allí, embarazada? ¿Qué habría pasado si hubiese dado a luz en Nueva Orleans y si sus padres la hubiesen vuelto a acoger en su casa?

¿Cómo habría sido la vida de Kassius si hubiese crecido en un hogar cómodo, rodeado de familia?

Si Emmaline hubiese renunciado a sus sueños, se hubiese olvidado de Boris y hubiese buscado a un hombre que se hubiera merecido su amor.

Tal vez seguiría viva. Feliz.

¿Y en qué persona se habría convertido él?

En otra persona. Diferente. En alguien que, tal vez, habría sabido amar. Todo el mundo parecía pensar que enamorarse era algo bueno. Él no lo entendía…

Era mejor ser duro. La pobreza y la miseria de su niñez no habían conseguido destruirlo. Todo lo contrario. Luchar le había hecho más fuerte. Era capaz de soportar cualquier cosa.

Miró a Laney, que estaba sentada a su lado.

Le había dicho que lo sabía todo de ella, pero no era del todo cierto. Sabía dónde había nacido, a qué colegio había ido, que su padre había tenido un accidente, que su madre los había abandonado y después había fallecido. No obstante, quería saber más.

–¿Cómo fue crecer aquí? –preguntó.

–Bien –respondió ella en tono frío.

Kassius conocía aquella estrategia. Él la utilizaba todo el tiempo para mantener a la gente alejada, pero procediendo de Laney hacía que se sintiese incómodo. Le preocupó no ser capaz de lograr derretir tanto hielo después.

Aunque había otra cosa que lo asustaba todavía más.

Conocer a su familia.

El coche se detuvo delante de una casa minúscula, estrecha, en un barrio humilde a las afueras de la ciudad. El exterior estaba adornado con flores, pero el tejado estaba cayéndose a trozos y la puerta principal tenía la pintura muy gastada. En aquella casa había orgullo, pero no dinero.

Vio cómo Laney respiraba hondo y se obligaba a sonreír.

–¡Abuela! –gritó.

Y una mujer de pelo cano que había en el porche sonrió y abrió los brazos.

Era mucho más baja que Laney y tuvo que ponerse de puntillas para abrazar a su nieta.

–¿Qué llevas puesto, niña? –preguntó después, mirándola.

–¿Te gusta? –le preguntó Laney, girando sobre sí misma.

–¿Si me gusta? Es bonito, pero… ¿toda de negro? ¿Quién se ha muerto?

La abuela miró a Kassius, que había subido los cinco escalones del porche detrás de Laney. Lo miró de arriba abajo, miró hacia donde estaba aparcado el coche y después dijo:

–Tú debes de ser Kassius Black.

Él se dio cuenta de repente de lo ridículo que era que su coche y su chófer estuviesen allí, miró a Laney, como preguntándole cómo proceder, pero solo recibió una mirada gélida.

Así que sonrió a su abuela de oreja a oreja y le tendió la mano, contestando:

–Y usted debe de ser Yvonne Henry. Ya veo de dónde ha heredado Laney tanta belleza.

La señora Henry puso los ojos en blanco, pero le tendió la mano.

Y entonces Kassius cometió el error de añadir:

–¿No se ha puesto en contacto mi gerente con usted? Pueden contar con todo el dinero que necesiten.

Laney dio un grito ahogado e Yvonne Henry frunció el ceño y se puso muy recta.

–Laney, informa a tu novio de que aquí no aceptamos limosnas. En especial, de desconocidos.

Y él se sintió muy incómodo.

Yvonne Henry empezó a regar las flores del porche.

–La comida está casi lista, pero antes será mejor que vayas a presentarle a tu padre.

–Estoy deseando probar su comida –añadió Kassius, intentando suavizar la situación–. Laney dice que es la mejor cocinera de la ciudad. ¡Llevo pensando en su comida desde hace días!

–¿En mi comida? ¿No te interesaba más conocernos? –preguntó Yvonne, y luego se giró hacia su nieta–. ¿Laney May?

–Vamos dentro –dijo esta, tirando del brazo de Kassius.

–Encantado, señora –añadió él, siguiendo a Laney dentro de la casa.

Una vez dentro, Laney lo miró con incredulidad.

–Esto no se te da nada bien.

–Yo pienso que le he gustado.

La expresión de Laney cambió. Miró a su alrededor y le susurró:

–Sé respetuoso, ¿de acuerdo?

–¿A qué te refieres?

–A mi padre no le ha gustado tu manera de declararte, sin pedirle permiso antes.

–¿Es una broma? ¿Quién pide la mano al suegro en esta época?

–Mira a tu alrededor. Aquí todavía tenemos valores antiguos, creemos en la familia, en el amor y en el respeto.

Kassius se sintió criticado.

–Así que, pienses lo que pienses de mí y de mi familia, por favor, guárdatelo para ti y finge que eres una buena persona.

«¿Fingir?».

–De acuerdo –respondió.

Kassius la siguió por la casa y se fijó en que había humedades en las paredes y en que el papel pintado que las cubría estaba muy estropeado. Sabía que el padre de Laney estaba en silla de ruedas y se preguntó cómo hacía para salir de casa. Si es que salía.

Él pronto iba a ser padre. ¿Cómo se sentiría si alguien le pedía a su hijo o hija en matrimonio en la otra punta del mundo, sin molestarse en conocerlo antes? Aquello no estaba bien.

Laney abrió una puerta y entró en una habitación que estaba a oscuras.

–¡Papá, ya estoy aquí!

–¡Laney!

Ella encendió una luz y Kassius se dio cuenta de que el hombre había estado a oscuras. La habitación estaba ordenada y escrupulosamente limpia, pero los muebles eran viejos. Las paredes estaban llenas de fotografías de Laney, a menudo con una mujer muy guapa y sonriente, que debía de ser su madre. La mujer que los había abandonado cuando más la habían necesitado. Eran unas fotografías que Clark Henry ya no podía ver.

–¿Qué haces aquí, papá, en la oscuridad? –preguntó Laney en tono cariñoso.

Su padre tenía un libro en el regazo, escrito en braille.

–¿Es un buen libro?

Clark sonrió.

–¡Te estaba esperando! ¡Ven aquí, niña!

Laney se acercó a abrazarlo.

–Te he echado de menos, papá.

–Ay, cariño, cuánto tiempo –dijo Clark Henry, parpadeando con fuerza mientras la abrazaba–. Y no has venido sola.

–¿Me ha oído llegar? –preguntó Kassius, sintiéndose como un intruso.

El hombre sonrió, pero su expresión era tensa.

–Te podría oler a leguas. Hueles a colonia y a cuero.

Kassius se olió con disimulo.

–Sí, papá –dijo Laney–. Es mi prometido, Kassius.

–Encantado de conocerlo, señor –dijo él, dándole la mano al otro hombre y fijándose en que todavía llevaba puesta la alianza.

–Un apretón firme –comentó Clark–, pero con respecto al matrimonio con mi hija, todavía no he decidido si voy a acceder.

–Papá, ¡que la boda es mañana!

–Si no accedo a entregarte, no habrá boda. Así que deja que le haga a tu novio unas preguntas.

Se giró en dirección a donde estaba Kassius.

–¿Qué te hace merecedor de mi hija?

–¡Papá!

–Voy a cuidar bien de ella, señor.

–¿Cómo?

–Tengo varias casas en todo el mundo, dos aviones, personal que va a…

–Ya lo he entendido. Eres rico. Eso ya me lo ha contado mi hija, y ese tipo que no deja de llamar para ofrecernos dinero, pero no es eso lo que te he preguntado.

–Perdone –balbució Kassius.

–Lo que te he preguntado es qué te hace merecedor de mi hija.

Kassius se quedó en silencio, mirando a aquel hombre que lo había perdido todo en una explosión, que ya no podía trabajar ni salir de aquella casa.

Respiró hondo y dio la única respuesta que podía dar:

–No me la merezco, pero pretendo pasar el resto de mi vida intentando hacerla feliz. Si me da permiso para casarme con ella, por supuesto.

La expresión del hombre cambió. No se había esperado aquella respuesta. Y, a juzgar por el gesto de Laney, ella tampoco.

Clark tosió y volvió a fruncir el ceño.

–Bien. Vas a cuidarla, pero ¿la vas a amar con todo tu corazón, como ella se merece que la amen?

–¡Papá!

–Deja que me responda, Laney May.

Kassius intentó pensar en qué decir. Pensó que no podía limitarse a contestar que no era un hombre sentimental, pero tampoco podía mentir.

–Lo cierto es que… –empezó.

–¿Sabes qué? –lo interrumpió Laney–. ¡Tengo que daros una noticia! Pero quiero dárosla a la abuela y a ti a la vez, ven a la cocina.

–¿Es una buena noticia? –preguntó su padre a regañadientes–. ¿O es mala?

–Es buena, muy buena –dijo Laney, dándole un beso a su padre–, pero la abuela me matará si no os la doy a los dos juntos. Vamos, papá.

Su padre salió de la habitación utilizando los brazos para hacer que la silla de ruedas se moviese. Laney lo siguió, pero Kassius la detuvo con un brazo y le dijo en voz muy baja:

–Gracias.

Ella lo miró con tristeza.

–No lo he hecho por ti, sino por ellos. Quieren que sea feliz, así que no pueden saber…

No terminó la frase. No hacía falta.

«Que no me quieres».

Le apartó el brazo y salió de la habitación. Kassius la siguió hasta la cocina, donde su abuela estaba removiendo algo que había en el fuego.

–Huele estupendamente –dijo Kassius.

–¿Todavía estás aquí? –contestó la abuela de Laney sin molestarse en mirarlo.

–Le voy a dar una oportunidad –comentó el padre muy a su pesar.

–¿De verdad? –preguntó la abuela con escepticismo.

–Laney tiene algo que contarnos.

–¿El qué?

Kassius miró a Laney, que tenía las mejillas sonrojadas. Esta se aclaró la garganta y dijo con voz demasiado alegre.

–Kassius y yo tenemos un regalo anticipado de boda. ¡Vamos a tener un bebé!

A su abuela se le cayó la cuchara de la mano.

–¡Un bebé!

Clark se giró hacia Kassius con el ceño fruncido.

–¿Un bebé?

Kassius se colocó detrás de Laney y la abrazó. Se dio cuenta de que, a pesar de que sonreía de oreja a oreja, estaba temblando.

–Sí, un bebé. Y estamos encantados.

–¡Un bisnieto! –comentó Yvonne maravillada antes de fruncir el ceño–, pero no lo veremos nunca. Vais a vivir muy lejos de aquí. No os vamos a poder ver a ninguno.

–Nos quita a otro miembro de la familia –dijo Clark amargamente.

–A Laney y a mí nos encantaría que viniesen con nosotros –dijo

Kassius sin saber por qué–. Mis aviones están a su disposición y en casa hay habitaciones más que de sobra. Pueden venir cuando quieran.

Laney se quedó boquiabierta.

Yvonne dio un grito ahogado y se giró hacia Clark, que parecía haberse quedado de piedra.

–Lo retiro –dijo la abuela de Laney con los ojos llenos de lágrimas.

Se acercó, se puso de puntillas y abrazó a Kassius y a Laney.

–Retiro todo lo malo que haya podido decir. No solo eres un buen hombre, Kassius. ¡Eres de la familia!

Esa noche, Laney salió de su habitación de la infancia. Se acababa de duchar y llevaba puesta una camiseta vieja y unos pantalones de pijama.

Comprometida o no, embarazada o no, en su casa se cumplían las normas, y una de ellas era que una pareja que todavía no estaba casada no podía dormir en la misma habitación. Aunque fuese el día antes de su boda.

Demasiado nerviosa para dormir, Laney había esperado a que su padre y su abuela se quedasen dormidos para salir en silencio de la habitación e ir al salón, donde dormía Kassius, en el viejo sofá.

Un rato antes, cuando su abuela le había dado una almohada y una manta, Laney se había temido que Kassius las rechazase y anunciase que se iba a dormir a un hotel, pero él se había limitado a decir:

–Muchas gracias, señora.

Laney se mordió el labio inferior. No había sido la primera vez que la sorprendía aquel día. No había esperado que tratase tan bien a su familia. Como si los respetase. Como si de verdad le importase su opinión. Laney se alegraba, pero no lo entendía. ¿Dónde estaba el hombre arrogante que le había asegurado no tener sentimientos?

El sofá estaba vacío y el salón a oscuras, pero Laney oyó crujir una tabla del porche y salió.

Kassius estaba sentado en el viejo balancín, con la mirada perdida en la oscuridad de la noche.

–¿Qué haces aquí?

Él parpadeó, como si hubiese estado muy lejos. Como respuesta, se echó a un lado para dejarle sitio en el balancín.

Laney respiró hondo.

–¿Tampoco puedes dormir?

–No.

–¿Es por el sofá?

Kassius sonrió.

–Tiene un bulto muy duro en el medio.

–Siempre saltaba en él cuando era pequeña –le contó ella, mordiéndose el labio inferior–. Me siento culpable por tener una cama…

–No –la interrumpió él–. Está bien así. Tú tienes que estar cómoda. ¿Cómo te encuentras?

–Mejor. Ya no tengo náuseas –le contestó–. Tal vez sea porque estoy en casa, comiendo la comida de mi abuela. Me siento bien. Agradecida… Gracias por lo que has hecho hoy.

–No he hecho nada.

–Has hecho que mi familia te quiera.

Él se rio con cinismo.

–¿Ofreciéndoles mi avión? ¿O no diciéndoles la verdad, que no soy capaz de amar?

–Les has abierto tu casa. Y eso significa para ellos que formas parte de la familia.

Kassius la miró.

–¿Cómo lo haces, Laney? –le preguntó–. ¿Cómo puedes tener el corazón abierto al amor después de todo lo que has vivido?

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella.

–Tu madre te abandonó –dijo él–. Dejó a tu padre y se marchó con su novio. Eso es horrible…

–¡No digas eso! Es cierto que cometió errores, sí, pero…

–¿Errores? –repitió Kassius con incredulidad–. ¿Abandonar a un marido enfermo y a una niña pequeña? Es mucho más que egoísta, es horrible. Se merecía un castigo…

–Y lo sufrió –dijo Laney en voz baja–. Murió. De sobredosis. Sola en una playa de California, sin que mi padre ni yo estuviésemos cerca para ayudarla y protegerla, cuando más nos necesitaba.

Kassius siguió mirándola. Respiró hondo.

–¿Cómo lo haces? –repitió, mirando hacia la casa–. ¿Cómo lo hacéis todos? Después de lo que habéis vivido, ¿cómo podéis seguir teniendo esperanza? ¿Cómo podéis seguir creyendo en el amor? Es evidente que tu padre no la ha olvidado. Las paredes están llenas de fotografías suyas, fotografías que ya no puede ver. ¡Hasta sigue llevando la alianza!

–Uno no puede dejar de amar sin más –respondió Laney en voz baja–. Ojalá se pudiese.

–Ojalá pudieses tú dejar de amarme, quieres decir. Porque crees que estás enamorada de mí.

Laney lo miró sorprendida.

–Pero te equivocas –continuó Kassius–. No estás enamorada de mí. Ni siquiera me conoces.

Por un instante, Laney no respondió, pero después encontró la valentía necesaria para hablar.

–Hay muchas cosas que todavía no sé de ti, es cierto –empezó–. No sé dónde naciste, ni en qué lengua empezaste a hablar. No sé por qué le diste esos diamantes a Mimi, ni por qué le prestas dinero a su jefe.

Kassius apretó la mandíbula y apartó la mirada.

–Pero hay otras cosas que sí sé –continuó ella, inclinando la cabeza y estudiando su silueta bajo la luz de la luna–. Sé que siempre serás sincero conmigo, aunque eso signifique decirme cosas que no quiero oír. Comprometerás tu vida, si no tu corazón. Ya has conseguido que mi familia te quiera. Vas a casarte conmigo y sé que respetarás los votos del matrimonio. Y, sobre todo, sé que querrás a nuestro bebé.

Él abrió mucho los ojos, se giró hacia ella. Se quedaron en silencio, mirándose, mucho tiempo. Y entonces Laney le tomó la mano y añadió:

–Déjame que te conozca, Kassius. Cuéntame tu secreto.

Después de unos segundos, él apartó la mano y se puso bruscamente en pie.

–Mañana tenemos mucho que hacer. Vete a descansar.

Y, tras decir eso, la dejó en el oscuro porche.

Capítulo 7

De pie en el altar de aquella iglesia gótica construida doscientos años antes, iluminada por velas en aquella oscura noche de febrero, en Nueva Orleans, Kassius miró a Laney, que estaba radiante vestida de blanco.

–Yo os declaro marido y mujer –declaró el sacerdote.

Él pensó que Laney parecía un ángel. Los ojos marrones le brillaron al mirarlo. Tenía los labios henchidos, rosados, el pelo oscuro recogido bajo el largo velo blanco. El vestido era *vintage*, tenía las mangas de encaje y la falda con vuelo.

El sacerdote sonrió.

–Ya puedes besar a la novia.

Por fin. Kassius inclinó la cabeza y se olvidó de que había cien personas observándolos. La besó. Notó cómo su pequeño cuerpo temblaba, pero el beso fue muy breve. Laney se apartó enseguida. Estaba distante. Kassius no se había esperado algo así de la mujer cariñosa y emotiva con la que se había casado.

Se apartó él también y se dio cuenta de que estaba temblando.

A su alrededor, la gente los aplaudía y vitoreaba, les lanzaba pétalos de rosa. Kassius tomó a Laney de la mano y la condujo por el pasillo, pasó por delante de la abuela de Laney, que estaba llorando, y de su padre, que parpadeaba con fuerza para contener las lágrimas que le habían llenado los ojos después de haber acompañado a su hija hasta el altar.

La nave de la pequeña iglesia estaba decorada lujosamente, con flores caras y velas, pero lo que había dado calor a la ceremonia había sido la alegría de los invitados a la boda, familiares y amigos de Laney. Él solo había invitado a un amigo de verdad, su padrino, Ángel Velázquez. Aquello los diferenciaba, él tenía conocidos, personas a las que conocía en cenas de negocios, o cuando iba a esquiar una semana a Gstaad. Tenía socios y rivales, personas que lo lisonjeaban o que le tenían simpatía, pero a las que no había querido invitar.

Mientras que Laney tenía familia. Tenía amigos.

Salieron de la iglesia de piedra recién casados y los invitados los siguieron en la noche húmeda y cálida de Luisiana, contentos,

charlando, riendo e incluso cantando mientras recorrían el breve trayecto que llevaba hasta donde se celebraría la recepción, una mansión situada en Garden District. La señora que había organizado la boda los siguió y se cercioró de que todo estaba preparado.

Cuando Kassius vio el lugar en el que se iba a celebrar la recepción, contuvo el aliento. Era como ver a un fantasma del pasado. Exactamente igual que la casa en la que había crecido su madre. Aunque aquella había estado más al oeste, en la avenida St. Charles. Él solo la había visto en fotografías antes de echarla abajo.

Sintió un sudor frío en la frente y no supo por qué le afectaba tanto aquel edificio. La casa de los Cash formaba parte del pasado y ni siquiera había visto jamás el solar vacío porque no significaba nada para él. Entonces, ¿por qué se sentía aturdido?

Su esposa lo miró con frialdad mientras atravesaban las verjas de hierro forjado y recorrían un bonito camino salpicado de pétalos de rosa blancos e iluminado por farolillos. Kassius se giró hacia ella y Laney empezó a hablar con una amiga que se había acercado a comentarle lo bonito que era el vestido, lo mucho que le había gustado la ceremonia y a desearle que fuese muy feliz.

Y una vez dentro de la mansión, durante la recepción, Laney estuvo todo el tiempo sonriendo de oreja a oreja, aunque eran sonrisas falsas, a las personas que la querían. Y estuvo fría solo con él, la única persona que, al parecer, no la quería. Como si ni siquiera soportase mirarlo.

Y acababan de casarse. No era una buena señal.

Para Kassius, la velada fue como una tortura. Cenó poco y escuchó las palabras de la dama de honor de Laney, Danielle Berly, una amiga de la niñez que era profesora de infantil, estaba casada y tenía dos niños. Las palabras de Ángel Velázquez fueron mucho más breves y menos emotivas.

Se limitó a levantar la copa de champán y gritar:

–¡Buena suerte!

Era evidente que pensaba que iba a necesitarla.

Kassius apretó los dientes y pasó por ello. Sonrió cuando tuvo que hacerlo y se mostró complacido cuando tuvo que cortar con Laney la tarta nupcial de seis pisos. Sonrió para las fotografías y se inclinó hacia la novia, que se negaba a tocarlo ni a mirarlo. Cuando la sacó a la pista para el primer baile, ante la atenta mirada de amigos y familiares, intentó no fijarse demasiado en que se ponía tensa cuando la tocaba.

La luna de miel no prometía mucho.

Y Kassius solo podía pensar en lo distinta que era aquella noche de la fiesta de Nochevieja en la que se habían besado por primera vez. ¿Qué había cambiado?

La noche anterior, Laney había intentado llegar a él, pero Kassius la había apartado.

Estaba cansado de estar solo. De no tener a nadie realmente de su parte.

A medianoche no podía más. Después de mucho insistir, tomó a Laney de la mano y la sacó de la elegante mansión para llevarla hasta donde los esperaba un antiguo Cadillac adornado con lazos y flores blancas.

–¿Dónde está la limusina? –preguntó Laney.

–He decidido que era demasiado.

–¿Demasiado?

Laney se giró y sonrió para despedirse de sus familiares y amigos, que habían salido también de la mansión a despedirlos. Kassius buscó a Velázquez con la mirada, pero no lo encontró. Debía de haberse marchado temprano. Últimamente el español se había convertido en un ermitaño que casi no salía de su rancho de Texas.

Se sentó junto a su esposa en el asiento trasero del Cadillac y se sobresaltó al oír el ruido de las latas que habían atado al parachoques.

–No me puedo creer que la señorita Dumaine…

–Esto no ha sido cosa suya –le informó Laney–. Oí a mi abuela hablar de la broma con sus amigas.

El trayecto hasta el elegante hotel del Barrio Francés en el que iban a pasar la noche no debía de durar más de quince minutos, según había dicho la organizadora, pero había tantas personas en la calle, celebrando el Carnaval, que había mucho tráfico y el viaje duró una eternidad.

De repente, Kassius no soportó más aquel incómodo silencio, ni la distancia entre ambos. Se inclinó hacia delante y habló con el chófer, que asintió y dio la vuelta.

–¿Adónde va? –preguntó Laney confundida.

Era lo primero que decía desde hacía diez minutos.

–Ahora lo verás.

El coche llegó a la amplia avenida de St. Charles, flanqueada por robles y bonitas mansiones.

–Aquí –le dijo Kassius al chófer, que aparcó.

Kassius bajó del coche.

Era más de medianoche y la calle estaba en silencio. Era una zona residencial, en la que todas las casas tenían su espacio y un gran jardín.

Pero había un hueco sin casa. Kassius se detuvo delante y se metió las manos en los bolsillos, mirando la casa que jamás había visto.

Laney se puso a su lado.

–¿Qué estamos haciendo aquí?

–¿Querías ver de dónde vengo?

–¿Y?

Él señaló el terreno en silencio.

–¿Naciste aquí?

–Mi madre nació aquí. Fue la hija única de la adinerada familia Cash, de la que se marchó con diecinueve años para ver mundo, en vez de quedarse para casarse con el hombre que habían elegido para ella.

Un coche pasó por la avenida, iluminando con sus faros los grandes ojos oscuros de Laney.

–Se enamoró de un hombre ruso al que conoció en Estambul. Pensó que mi padre se casaría con ella, pero él solo puso excusas y se dedicó a entrar y a salir de nuestras vidas con dinero y regalos. Hasta que yo cumplí once años y él desapareció completamente. Ese mismo año mi madre enfermó. No teníamos dinero para que recibiese los tratamientos que necesitaba. Tardó cinco años en morir… Sola.

Se le hizo un nudo en la garganta. No le gustaba hablar de aquello. Era la primera vez que lo hacía.

–No estaba sola –comentó Laney en voz baja, tomando su mano–. Te tenía a ti.

Kassius suspiró emocionado.

–Cuando yo tenía dieciséis años, mi madre, moribunda, escribió a mis abuelos para pedirles ayuda. Les pidió que fueran a verla, o que al menos se ocupasen de mí si moría. Ellos se negaron. Se negaron.

Laney dio un grito ahogado y él se giró a mirarla.

–Su casa lo era todo para ellos. Cuando fallecieron, la compré y la hice demoler –añadió sonriendo–. Es la primera vez que vengo a este lugar.

Ella lo miró fijamente, alargó la mano y le acarició la mejilla.

–Oh, Kassius.

–Por eso me cambié el apellido. No quería el de mi padre ni el de mis abuelos maternos. Así que elegí uno propio. Me compré

una partida de nacimiento nueva y empecé una vida nueva.

Laney se puso de puntillas y lo abrazó con fuerza. Por un instante, Kassius cerró los ojos y aceptó su cariño. No estaba acostumbrado a él.

Laney se apartó y lo miró.

–Sé cómo te sientes –le dijo en voz baja–. Sé lo que se siente cuando alguien que se supone que te quiere te abandona. Eso es lo que dejó el vacío en tu corazón.

–¿Por qué tú no lo tienes, Laney? ¿Por qué? ¿Cómo puedes amar como lo haces?

–Porque… –empezó ella, parpadeando con fuerza, sacudiendo la cabeza–. Porque yo todavía quiero a mi madre. La echo de menos. Intento recordar los buenos tiempos. Lo contrario solo me traería sufrimiento.

Kassius la miró fijamente y sacudió la cabeza.

–Yo me siento… diferente. Destruir esta casa me causó satisfacción. Ahora, casi tengo ganas de escupir sobre sus cenizas.

–Eso no te haría feliz –le aseguró ella–. Ni te devolvería a tu madre.

Kassius se emocionó, pero logró contenerse. Pensase lo que pensase Laney, sus planes de venganza lo harían muy feliz.

Aplastar a Boris Kuznetsov, hacer que su negocio quebrase y que se quedase sin la casa de Cap Ferrat sería lo mejor de su vida.

–Lo siento mucho –le dijo Laney con lágrimas en los ojos–. Estaba enfadada contigo y he estropeado el día más mágico de nuestras vidas.

Él se echó a reír y la abrazó.

–No lo has estropeado –le aseguró en voz baja, limpiándole una lágrima del rostro–. Además, la boda es solo un día. Tendremos muchos días mágicos. Toda una vida de ellos.

Ella sonrió agradecida y se rio.

–Ahora entiendo que te guste tanto la comida de aquí. Y que yo me sienta como en casa contigo.

Frunció el ceño.

–¿Cuál era tu apellido antes y por qué elegiste llamarte Kassius Black?

–Cuando era niño me gustaba oír historias sobre la antigua Roma. Kassius era el nombre de un senador romano que llevó a un ejército a luchar contra la tiranía.

También había sido uno de los conspiradores que habían asesinado a Julio César, pero eso no se lo contó.

–Y Black, negro, porque es como juré que sería mi corazón.

A Laney le brillaban los ojos.

–Gracias por contármelo.

–Ahora ya sabes de mí más que nadie en el mundo. Prométeme que no me pedirás más.

–Pero…

–Prométemelo –le repitió, mirándola a los ojos.

Ella suspiró, parecía triste.

–Está bien. Te lo prometo.

Kassius exhaló. No se había dado cuenta hasta entonces de lo tenso que estaba. Se sentía terriblemente vulnerable. Expuesto. Y, al mismo tiempo, nunca se había sentido tan cerca de nadie.

Laney era la única persona en la que podía confiar. De repente, supo que era la única persona que jamás lo traicionaría.

Y él siempre la protegería, como también protegería al hijo que iban a tener juntos.

«Su hijo». La idea lo maravilló. Apoyó la mano en el vientre de Laney. No cometería los errores que había cometido su padre. Sería un buen marido, un buen padre. Cuando por fin terminase con su venganza, dejaría el dolor del pasado atrás y se centraría en el futuro, en el presente, en asegurarse de que su esposa y su hijo estaban bien. No volvería a tener preocupaciones ni miedos.

Miró a Laney y le apartó un mechón de pelo de la cara.

–Ahora eres mi esposa. La madre de mi futuro hijo. El pasado, pasado está. Como dijo tu abuela, somos una familia. Lo que importa es el futuro.

–Tienes razón –susurró ella.

–Señora Black –le dijo él con voz ronca, besándola.

De repente, solo pudo pensar en quitarle el vestido de novia. Quería olvidar. Quería renacer en ella. En su interior.

–Es nuestra noche de bodas –dijo, llevándola de vuelta al coche.

Laney sintió el calor y la fuerza del cuerpo de Kassius en el asiento trasero del Cadillac, mientras se besaban, y pensó que aquella sí que era su boda.

Llegaron enseguida al lujoso hotel y Kassius la llevó por la recepción casi sin saludar al gerente y a los empleados que salieron a su encuentro.

–¿No hace falta que nos registremos? –preguntó ella.

–Ya está todo hecho.

«Todo, no», pensó Laney.

En cuanto entraron en el ascensor, Kassius pulsó el botón del tercer piso y la apoyó en el espejo para volver a besarla. Cuando la puerta se abrió, la sacó de él y la llevó por el pasillo hasta la puerta que había al fondo. Se sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta y se giró hacia ella. Laney dio un grito ahogado cuando la tomó en brazos para entrar.

–Ahora eres mía –susurró él–. Legalmente mía.

–En ese caso, tú eres mío –murmuró ella–. Y pretendo hacer contigo lo que quiera…

Sin apartar los ojos de los suyos, Kassius entró en la habitación y la dejó en el suelo, se apartó y la miró.

Ella se ruborizó.

–¿Te gusta? –preguntó con timidez–. He tardado cuarenta y cinco minutos en vestirme, con todos los botones de la espalda.

–Si piensas que voy a esperar cuarenta y cinco minutos… –dijo él, abriéndole la parte trasera del vestido de un tirón.

–¿Qué haces?

Kassius tiró hacia abajo de la tela y la dejó en ropa interior.

–¡Era el vestido de mi abuela! –gritó Laney indignada.

–Era de tu abuela. Ahora es tuyo. Y lo que es tuyo… es mío.

–No tenías que haber hecho eso…

–El pasado, pasado está. Tu abuela tuvo un matrimonio largo y feliz y, a partir de esta noche, el nuestro también lo será.

Pasó los dedos por el velo blanco.

–Esto te lo puedes dejar puesto. Me gusta.

Volvió a tomarla en brazos y la dejó encima de la cama.

Ella se apoyó en un codo y tiró de su chaqueta.

–Quítatela –le ordenó.

Él la miró y obedeció.

–Ahora, la corbata.

Se la desató y la tiró al suelo.

–La camisa.

Se desabrochó la camisa lentamente, después los puños, dejando al descubierto su pecho fuerte y musculoso, cubierto de vello oscuro.

Laney se humedeció los labios.

–Los pantalones.

Kassius sonrió con sensualidad y se quitó los pantalones y los calzoncillos y los calcetines al mismo tiempo.

Su marido se quedó completamente desnudo delante de ella.

Laney se estremeció. Conteniendo la respiración, aturdida, alargó las manos hacia él para acariciarlo.

–No, no –dijo él–. He seguido tus órdenes. Ahora te toca a ti.

Se inclinó sobre la cama y tocó el ligero.

–Quítate esto –le pidió con voz ronca–. Quítatelo todo.

–Como quieras –respondió ella sonriendo.

Se quitó las horquillas del pelo y después empezó a desabrocharse lentamente el liguero, como si estuviese haciendo un striptease. De repente, se sentía más segura de sí misma que nunca.

Kassius se colocó encima de ella y la torturó con sus caricias antes de penetrarla.

Ella gimió al notarlo dentro, tan duro, tan grande, llenándola completamente. Lo abrazó con las piernas por la cintura y siguió los movimientos de Kassius, cada vez más rápidos y desesperados. Notó cómo la tensión crecía en su interior. Explotó por dentro y gritó. Y él gritó también, triunfante, al llegar al clímax a la vez.

Entonces Laney cerró los ojos.

Kassius tardó unos segundos en abrir los ojos y quitarse de encima de Laney. La abrazó por la espalda y le dio un beso en la cabeza.

–Esposa.

–Marido –respondió ella en un susurro.

–Es solo el comienzo.

Y lo era. La boda había sido una decepción porque Laney había estado demasiado enfadada para disfrutarla. Más tarde pensaría que la luna de miel había sido la semana más perfecta y romántica de toda su vida.

Durmieron abrazados y volvieron a hacer el amor, se durmieron de nuevo. Cuando la luz de la mañana entró por las ventanas, pidieron que les llevasen el desayuno a la cama y disfrutaron de los gofres salpicados de azúcar y bañados en sirope, de la fruta fresca, de los huevos fritos, del zumo de naranja natural, del café con leche y azúcar.

Kassius se manchó la mejilla de azúcar y ella se la limpió con un dedo y preguntó:

–¿Cómo te hiciste esta cicatriz, Kassius?

Su mirada se ensombreció, se encogió de hombros.

–Hace mucho tiempo de eso. ¿Por qué?

–Porque te has manchado de azúcar.

–Y tú tienes sirope en la barbilla.

–¡No es verdad! –protestó Laney, pero se tocó y se dio cuenta de que era cierto.

Unos segundos después volvían a hacer el amor. Después, se

dieron una larga ducha y descubrieron las posibilidades del sexo mojados y rodeados de vapor.

Laney no se saciaba de él. Ni Kassius de ella.

Tras la ducha se secaron el uno al otro y se vieron tentados a volver a la cama, pero las sábanas estaban arrugadas y manchadas de sirope.

–Tienen que limpiar la habitación –comentó Kassius.

–¡Vamos a la calle! –propuso ella contenta.

Se vistieron y salieron del hotel. Y Laney se alegró de haber tenido una excusa. Estaba deseando enseñarle a Kassius su ciudad en la época más emocionante del año, Carnaval.

Lo tomó de la mano y lo condujo por las calles de Nueva Orleans, comieron en el mejor restaurante de la ciudad y después volvieron a pasear.

Con la caída de la tarde había tantas personas en el Barrio Francés que era casi imposible caminar.

–¿Por qué no cenamos en la habitación del hotel? –propuso Kassius.

Y ella asintió.

De camino al hotel entraron en una joyería y Kassius le compró un collar de diamantes y zafiros y ella se sintió mimada. Se dijo que aquella era la prueba de que le importaba. Y eso era casi como si la quisiera.

No obstante, aquello le hizo pensar en otro collar de diamantes, que Kassius le había regalado a otra mujer en Londres. Y eso le sentó como un jarro de agua fría.

Aunque en esos momentos estuviesen bien, aunque se hubiesen casado, lo cierto era que Laney no conocía a su marido. Seguía teniendo muchas preguntas pendientes, pero le había prometido que lo dejaría estar.

Aun así, quería saberlo todo.

Deseó que Kassius pudiese compartir su pasado con ella, que pudiese compartir sus secretos y su corazón con ella.

Pero temía que eso no fuese a ocurrir jamás.

Se dijo que había otros modos de descubrir secretos, pero no, no podía hacerlo. Se limitaría a amarlo, a ser una buena esposa y a rezar por que, algún día, Kassius se abriese a ella.

Si le daba su amor, antes o después Kassius se lo contaría todo. ¿O no?

Capítulo 8

Pero no lo hizo.

Seis meses después, Laney, temblando, se apretó el teléfono a la oreja.

–¿Cómo dice?

–Que el verdadero nombre de su marido es Cash Kuznetsov –respondió el detective.

Laney tenía el corazón acelerado. Se dejó caer en un sillón de su nuevo piso de Mónaco. Respiró hondo y se frotó el vientre. No había esperado algo así. Había tenido la esperanza de que fuese su marido quien le contase toda la verdad por voluntad propia.

Pero no lo había hecho. Todo lo contrario, cada vez se había mostrado más reservado.

La semana anterior se lo había encontrado despierto a medianoche. Al parecer, la casa que quería comprar en Cap Ferrat todavía no estaba disponible y él, en un impulso, había comprado un lujoso ático con vistas al puerto de Fontvieille y al mar. A ella todavía le sorprendía que se hubiese gastado treinta millones de euros así, casi sin pensarlo, porque todavía no estaba disponible la casa que quería comprar en realidad.

Esa misma noche se había encontrado a su marido paseando por el salón mientras hablaba en voz baja por teléfono. A la mañana siguiente, cuando le había preguntado con quién hablaba a las dos de la madrugada, Kassius se había negado a contestar.

–Si no quieres que te mienta, no me preguntes. Me prometiste que no lo harías.

Y aquello había sido la gota que había colmado el vaso.

Así que, dolida y nerviosa, Laney había llamado al detective privado que Ángel Velázquez, el amigo de su marido, le había recomendado.

De hecho, cuando ella lo había llamado para preguntarle, Ángel había bromeado:

–¿Solo lleváis casados unos meses y ya estás buscando un detective privado? Debe de ser un matrimonio estupendo.

Laney había sentido vergüenza, pero había intentado poner alguna excusa antes de colgar.

Después, sintiéndose como una traidora, había llamado al detective y le había dado la dirección de la casa de los Cash en la avenida de St. Charles, donde Kassius había decidido recientemente hacer construir una casa para la familia de Laney.

Después de la boda, su abuela y su padre habían aceptado sin reparos el dinero de su marido y la ayuda con los tratamientos médicos. Gracias a eso, Clark Henry había empezado a recuperar la vista en un ojo y parecía estar más contento que en toda su vida.

Su abuela, por su parte, había empezado a viajar por el mundo.

Laney se sentía muy agradecida por lo que Kassius había hecho por ellos, por todos. E intentaba sentirse satisfecha. Se recordaba a sí misma que era un buen marido y que sería un buen padre. Se decía a sí misma que todo el mundo tenía secretos.

–¿Cómo se llama su padre? –preguntó al detective, a pesar de conocer la respuesta.

Cuando colgó el teléfono, ya tenía todas las piezas del puzle. Ya sabía por qué le había prestado dinero a un hombre que jamás se lo iba a devolver y por qué le hacía regalos a Mimi du Plessis.

Entendió por qué seguía yendo a Mónaco y lo que buscaba.

Esperó toda la tarde, nerviosa, a que Kassius regresase. Cuando por fin lo hizo, era de noche.

Kassius frunció el ceño al verla despierta, esperándolo, tan tarde, con una botella de whisky sobre la mesa.

–¿Has estado bebiendo whisky? –le preguntó con incredulidad.

Ella abrió la botella y sirvió una copa.

–No es para mí –dijo, tendiéndosela–. Es para ti.

Él dejó la funda del ordenador y la miró con el ceño fruncido.

–Sé quién eres, Kassius –empezó Laney, mirándolo desde el sofá–. Y sé quién es tu padre.

Él dio un trago de whisky sin dejar de mirarla.

–¿Lo sabes?

Ella espiró y asintió.

–Todo este tiempo me he estado preguntando por los regalos que le hacías a Mimi du Plessis, y por los préstamos a su jefe. Ahora lo entiendo. No querías que Boris Kuznetsov supiese que todo el dinero era tuyo, ni que sintiese curiosidad por ti. Porque, si lo hacía, tal vez reconociese al niño de once años que había abandonado en Estambul. Cash Kuznetsov, el hijo ilegítimo de Boris Kuznetsov y Emmaline Cash.

–¿Cómo te has enterado de eso?

–A través de un detective. Ángel Velázquez me lo recomendó.

Kassius la miró en silencio y después dejó escapar una carcajada. Levantó la copa, la vació de un trago y la dejó encima de la mesa con un golpe.

–De acuerdo –dijo–. Me has pillado.

–¿Qué pretendes hacerle? –le preguntó ella en un susurro, con la esperanza de estar equivocada.

Él se sirvió más whisky y después respondió:

–Destruirlo, por supuesto.

–¿Cómo?

Él sonrió amargamente.

–Después de que nos abandonase, y de que mi madre enfermase, busqué entre los papeles y encontré su dirección en Moscú. Le escribí, pero nunca respondió. Así que, con dieciséis años, me fui a Moscú a verlo y averigüé el motivo. Ya estaba casado.

–Oh, no.

Kassius se encogió de hombros.

–Lo vi salir del brazo de su bella mujer rubia, de una mansión, seguidos por tres golden retrievers, tan contentos, tan ricos.

Laney contuvo la respiración.

–Me quedé tan sorprendido al verlos que casi me caigo. Me tambaleé hacia atrás y me di con una valla metálica. Así me hice esto.

Se pasó la mano por la cicatriz del rostro e hizo una mueca.

–Durante años, le había prometido a mi madre que se casaría con ella y le compraría una casa en el sur de Francia. Todavía recuerdo lo feliz que le hacían aquellos sueños. Mi madre siempre creyó que volvería con ella. Y yo nunca tuve las agallas de contarle la clase de hombre que era en realidad.

Laney entendió muchas cosas de repente.

–No me extraña que odies tanto el tema del amor –susurró–. Para ti, es todo una mentira.

Él apretó la mandíbula y apartó la vista.

–No quería que lo supieses, Laney, porque tú no eres así. Quería que mantuvieses tus ideales acerca del amor. Acerca de mí.

Ella se levantó lentamente del sofá. Estaba embarazada de ocho meses y tuvo que hacer un esfuerzo.

Tomó su mano y la apoyó en su vientre, sobre el bebé.

–Este es nuestro hijo, un varón –le dijo en voz baja.

–¿Es un niño?

Laney sonrió.

–Sé que habíamos dicho que esperaríamos a que naciese para

averiguarlo, pero… en la última cita no me pude contener y lo pregunté.

–Un hijo –dijo él–. Es perfecto. Ya he destruido su empresa. Solo me queda la casa. Un préstamo más y será mía también.

–No lo hagas. La venganza no te hará más feliz. Por favor, ¡olvídalo!

–¿Que lo olvide? –repitió él con incredulidad–. Tiene que ser castigado por lo que hizo.

–Por favor. Hazlo por mí. Por nuestro bebé. Habla con él. Tal vez haya circunstancias atenuantes y no lo sabes.

–Sé lo suficiente.

–Escúchame… Yo de adolescente siempre estaba enfadada. Odiaba a mi madre por habernos dejado, la culpaba de haberse marchado para ser libre, pero era infeliz. Me sentía muy, muy infeliz y no quería sentirme así. Así que decidí perdonarla. Decidí recordar los buenos momentos. Decidí amar y eso es lo que siento por ti, Kassius. Te quiero.

Él se quedó de piedra.

–¿Me quieres? –preguntó en voz baja–. ¿Después de todo lo que te he contado?

–Eres un buen hombre, estoy segura –respondió Laney–. No le hagas daño a tu padre. Es el abuelo de nuestro hijo.

Él apartó la mano de su vientre, enfadado.

–¿Qué te importa a ti ese hombre?

–Me importas tú. Y nuestro bebé. Y me importa lo que la venganza va a significar para nosotros, para todos nosotros.

Él sonrió.

–Tú eres parte de ella, Laney.

–¿Yo?

–Siempre fue parte de mi plan. Tener una bonita familia, una esposa, un hijo. La mujer de Kuznetsov se divorció de él hace tiempo y no tiene más hijos. Cuando le quite la casa y le diga quién soy y por qué lo he arruinado, habrá perdido cualquier posibilidad de ser feliz que le quedase. Sus propios nietos jamás conocerán su nombre.

Laney lo miró sorprendida.

–Ahora entiendo que quisieras casarte conmigo –le dijo, dolida–. Por eso querías que me quedase embarazada. Pensé que había sido amor a primera vista, pero, para ti, solo era sed de venganza…

Kassius le apoyó una mano en el hombro.

–Pero ya no lo es. He aprendido a confiar en ti, Laney. Por eso

te estoy contando la verdad.

«Estupendo», pensó ella.

Sacudió la cabeza.

–Si no vas a intentar hablar con él, yo…

La expresión de Kassius cambió de repente. La agarró con fuerza del hombro.

–Como le cuentes algo de esto a Kuznetsov, estarás muerta para mí, ¿lo entiendes? No volveré a verte jamás. Ni a ti ni al bebé.

Sorprendida, Laney lo miró a los ojos.

–No te creo.

–¿No? –replicó él–. Si me traicionas, me divorciaré de ti. Encontraré a otra mujer. Tendré otro hijo.

–¡Me estás haciendo daño!

Él la soltó y Laney se frotó el brazo. Se sentía dolida por el cambio que acababa de presenciar en él.

–Tengo que confiar en ti, Laney –le dijo él.

Ella no respondió y Kassius tomó la funda de su ordenador y, sin decir palabra, se marchó del ático.

A Laney no le dolía el hombro. Le dolía el corazón.

Se quedó con la mirada clavada en la puerta, sintiéndose desesperada. Fue de un lado a otro del lujoso piso, sintiéndose sola, sin rumbo, perdida.

Se detuvo ante la puerta de la habitación infantil que había decorado para su bebé y pensó en las palabras que Kassius le acababa de decir.

No la quería. Para él, era reemplazable por cualquier otra mujer.

Se sintió furiosa y desesperada y, sin pensarlo, agarró una jirafa que decoraba la habitación y la rompió mientras gritaba. Entonces se dio cuenta de lo que había hecho y se dejó caer al suelo, llorando.

Era todo mentira. Todo lo que se había dicho para convencerse de que Kassius podía cambiar era mentira.

No cambiaría jamás. No quería cambiar.

Kassius se estaba destruyendo y ella no podía salvarlo.

Lloró hasta quedarse dormida. Al rayar el día, amanecía temprano a finales de agosto, se despertó y vio que el lado de la cama de Kassius estaba vacío. No había ido a dormir. Bajó las escaleras y vio la funda del ordenador junto a la puerta de su despacho. La puerta estaba abierta. Se asomó y lo vio dormido en el sofá de piel negro. Suspiró.

Iba a entrar a hablar con él, pero se dijo que no merecía la

pena. Kassius estaba tan perdido en su dolor, en su ira, que hablar con él era una pérdida de tiempo.

De repente, a Laney se le ocurrió algo.

Si pudiese conseguir que los dos hombres hablasen, cara a cara… Esa era la respuesta. Siempre había una respuesta.

Entonces recordó de nuevo las palabras de Kassius y sintió miedo.

Bajó la vista a su vientre y apoyó la mano en él. Solo le faltaban tres semanas y media para dar a luz. Pensó en el riesgo que correría y se debatió entre el amor y el miedo.

La vida le había enseñado a decantarse por el amor. Y merecía la pena arriesgarse. Tenía que intentar salvar a Kassius, ya que no había podido salvar a su madre. Ella era la única que podía ayudarlo. Pensó que las palabras de Kassius habían surgido de la ira, pero que él era un buen hombre, que no sería capaz de abandonarla, y mucho menos de abandonar a su bebé.

Mientras la señora Beresford, que había ido desde Londres a ayudarlos, preparaba el desayuno, Laney se dio una ducha y se puso un vestido de tirantes y unas sandalias. Se tomó unos huevos revueltos, unos cruasanes y fruta, y buscó la dirección de Boris Kuznetsov.

Al final de la mañana, como Kassius todavía no había salido del despacho a hablar con ella, Laney pensó que estaría zanjando su plan y se dijo que era o entonces o nunca. Y tomó la decisión.

Bajó al garaje, donde se encontró con Benito.

–¿La llevo a alguna parte, señora? –le preguntó él.

–No hace falta –respondió ella, tomando las llaves del coche deportivo–. Solo voy a hacer un recado rápido.

–Pero el señor prefiere…

–Gracias, no es necesario –lo interrumpió Laney–. Es una tontería, y quiero sorprender a mi marido.

De hecho, sería una gran sorpresa.

Entró con dificultad en el coche e intentó no ponerse nerviosa. Media hora más tarde llegaba a Cap Ferrat, la bella y famosa península en la que se encontraba una de las zonas residenciales más caras del mundo.

Atravesó varias entradas hasta que un guarda de seguridad la detuvo.

–*Madame?*

–Me gustaría ver al señor Kuznetsov –dijo ella–. No me está esperando. ¿Puede decirle que la esposa de Kassius Black quiere verlo? ¿Y que tengo noticias de su hijo?

El guarda se metió en la garita e hizo una llamada de teléfono.

–Dice que no tiene ningún hijo, *madame*.

–Me refiero al hijo al que abandonó en Estambul.

El guarda volvió a hablar por teléfono y la miró con sorpresa.

–Que pase inmediatamente, por favor.

Laney pasó por unos jardines frondosos hasta llegar a un patio. Detrás de la enorme fuente de piedra estaba la entrada a la casa. Detrás de la casa, el mar.

Aparcó el coche deportivo en el patio, cerca de un descapotable rojo con matrícula de Mónaco, y apagó el motor. Las flores daban color al jardín, pero estaba descuidado, casi salvaje, como si ningún jardinero lo hubiese tocado en meses.

Laney se repitió que estaba haciendo lo correcto. Respiró hondo y se dijo que ya era demasiado tarde para retroceder.

Salió del coche y, sorprendida, vio quién acababa de salir de la mansión.

Era Mimi du Plessis, su antigua jefa, que sonrió al verla.

–Pero, si es mi exempleada, la actual señora Black –comentó–. ¿No creerás que lo tienes todo, Laney? Piensas que terminará queriéndote, pero no lo hará. No eres más que una yegua de cría para él.

Tocó el descapotable rojo.

–¿Te gusta? Me lo ha mandado tu marido esta misma mañana.

–Lo sé. Lo sé todo. ¿Por qué te estaba pagando esta vez? ¿Por facilitarle la firma de un último préstamo con tu jefe?

Mimi la miró sorprendida.

–Pues sí, he traído los papeles, pero el señor Kuznetsov sospecha de los motivos de alguien que quiere prestarle dinero sabiendo que su empresa ha quebrado. Así que se ha terminado el juego. Yo ya no tengo nada que hacer aquí. Solo me queda encontrar a algún viejo rico que quiera casarse conmigo.

Suspiró.

–Le he contado a mi jefe lo que quería saber, que todos los préstamos de los dos últimos años procedían del mismo hombre, Kassius Black. Lo que significa que tu marido me ha hecho un montón de regalos para nada. Lo han pillado.

Laney miró a la que había sido su jefa, aquella mujer bella y vacía, que se había divorciado cuatro veces, a la que nadie ni nada le importaba.

–Me das pena –le dijo.

Mimi se echó a reír.

–¿Pena? No seas ridícula. Todo el mundo quiere ser como yo.

Se subió a su descapotable rojo y se alejó de la villa rosada dejando una nube de polvo a su paso.

–*Madame* Black.

Laney levantó la vista y vio a un hombre mayor, aseado y bien vestido, con el pelo cano. La esperaba nervioso en la puerta. Ella se acercó, sonrió y le tendió la mano.

–Gracias por recibirme.

Él le apretó la mano y le hizo un gesto para que entrase.

Laney se fijó en que había pocos muebles y él se dio cuenta de que lo miraba todo.

–He tenido que vender todo lo que era innecesario. Como los cuadros –le explicó–. Tampoco puedo poner el aire acondicionado, me temo.

La guio hasta un gran salón en el que solo había unos viejos sofás y una mesa. La brisa entraba por la ventana abierta que daba al mar.

–¿Quiere un té, señora Black?

–Gracias.

–Espero que no esté demasiado fuerte –dijo él mientras lo servía–. No tengo mucha práctica. Antes tenía servicio, pero he tenido que dejarlo marchar. Lo mismo que a mis demás empleados.

–Ha debido de ser duro.

–Mi compañía no podía competir con servicios más baratos. Solo me queda el guarda de seguridad que mantiene alejados a ladrones y periodistas. Y el ama de llaves, que es demasiado vieja y frágil para trabajar. No tiene adónde ir. Como yo.

Miró a su alrededor y añadió:

–Solo me queda esta casa, pero por poco tiempo.

Se sentó enfrente de ella y la miró fijamente. Y Laney pensó que sus ojos le recordaban mucho a los de Kassius. Pensó que él le preguntaría sobre los préstamos de Kassius, pero no lo hizo.

–¿Dice que tiene noticias de mi hijo? –preguntó, nervioso–. ¿Mi Cash? ¿Todavía vive?

Laney respiró hondo.

–Sí –respondió–. Vive. Y cerca de aquí.

–¿Y cómo lo sabe usted? –preguntó el hombre emocionado.

Laney lo miró y, con el corazón en la garganta, mientras rezaba por estar haciendo lo correcto, respondió:

–Porque estoy casada con él.

–La señora Black quiere hablar con usted por teléfono, señor.

Kassius levantó la vista de su ordenador con el ceño fruncido al ver a la señora Beresford en la puerta.

–¿Me llama desde el dormitorio?

–No, señor. Desde la casa de su padre. Dice que no responde al teléfono móvil.

Kassius tardó dos segundos en asimilar aquello.

–Ahora te devuelvo la llamada –dijo, terminando la llamada que estaba atendiendo.

Apoyó las manos en la mesa, se levantó bruscamente y fue a por el aparato que la señora Beresford tenía en la mano.

–¿Laney?

–Kassius, no me odies –le rogó ella–. Tenía que hacerlo. Por ti. Estoy con Boris Kuznetsov y se lo he contado todo. Quién eres, lo de los préstamos, cómo te hiciste la cicatriz en Moscú. Todo. Estamos tomando el té en su salón.

Fue como sentir un puñetazo en el estómago. Nunca lo habían golpeado tan fuerte. A Kassius se le doblaron las rodillas y se sintió traicionado.

Traicionado por una mujer. Su mujer.

Y la madre de su futuro hijo.

Ya le había advertido lo que ocurriría si hacía algo así. Se lo había advertido.

–Estaré allí lo antes posible –le dijo antes de colgar.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el aparato. Hacía años que no lloraba, pero, cuando volvió a abrir los ojos, había lágrimas en ellos.

Acababa de perderlo todo.

El sueño de su pasado, la venganza.

El sueño de un futuro con ella, de una familia.

Laney había pensado que sabía más que él, que podía curarlo de su dolor.

Kassius había confiado en ella.

Y aquel era el resultado.

«Nunca destroces tu vida, ni la de tus hijos, deseando y esperando que alguien cambie…», le había dicho su madre.

Kassius sintió cómo el teléfono crujía en su mano. Lo tiró encima del escritorio y buscó las llaves del coche. Bajó al garaje y vio que el coche deportivo no estaba. Laney, que casi ni sabía conducir, se había llevado su coche favorito para traicionarlo. Cómo no.

–Benito –llamó a su guardaespaldas–. Dile a Lamont que traiga

la limusina.

Tal vez fuese mejor así. Iría acompañado por el guardaespaldas y el chófer.

Kassius clavó la vista en el brillo del Mediterráneo mientras el coche avanzaba por la estrecha carretera de la costa. El chófer frenó y maldijo en francés cuando otro coche se cruzó en su camino y le hizo frenar, pero Kassius prácticamente no se dio cuenta, estaba respondiendo la llamada de su gerente.

Unos segundos después, colgó y miró por la ventanilla. Estaba nervioso. Se sentía… muerto por dentro. Cerró el puño. El daño ya estaba hecho.

El coche atravesó la verja de la casa de Kuznetsov y se detuvo un poco más adelante.

–Quedaos aquí –les ordenó a sus hombres–. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

El chófer asintió y se llevó la mano a la chaqueta, de la que sacó un zumo.

–¿Benito?

–Entendido –respondió el guardaespaldas, que había enmudecido de repente.

Era normal, respetaba y admiraba a su esposa. Como todo el mundo.

Kassius sintió que se le caía el alma a los pies al levantar la vista hacia la ostentosa casa rosa, la casa de la que había pretendido apropiarse después de haber echado de allí a su dueño. Se le hizo un nudo en la garganta.

Su gerente le había informado de que su padre había cancelado el préstamo pendiente. Kassius podía quedarse con el resto de las posesiones de Boris Kuznetsov, pero a él solo le importaba aquella mansión rosa. Y no la había conseguido, pero no había sido culpa suya.

O sí. Había sido culpa suya, por confiar en Laney.

Llegó a la puerta principal, donde una mujer mayor, diminuta, le hizo pasar.

–Están en el salón, *monsieur* –le anunció en francés–. Lo acompañaré…

–No, *merci*. Lo encontraré solo, *madame*.

La mujer asintió y lo miró con agradecimiento. Él entró en el recibidor vacío y de allí a una habitación de techos altos, casi sin muebles ni decoración. En el centro estaba la traidora de su esposa, sentada frente a una pequeña mesa con el hombre que había arruinado su niñez y que había hecho que su madre muriese

tan joven, los dos tomando té.

–¡Kassius! –lo llamó Laney, levantándose y tendiéndole las manos, como si esperase que le diese las gracias por haberle destrozado la vida.

Qué crueldad. Nunca había estado tan guapa, embarazada. Laney Henry Black tenía todo lo que podía pedir en una mujer.

–Laney –le respondió en tono frío, sin tocarla.

Luego volvió su atención hacia el anciano, que se había levantado. Estaba pálido y parecía agotado.

–¿Es cierto? ¿Eres mi hijo? –susurró Boris Kuznetsov–. ¿Mi pequeño Cash? ¿De verdad?

«Cash». Hacía mucho, mucho tiempo que nadie lo llamaba así.

–Laney, ¿por qué no me esperas fuera? Tengo mucho de qué hablar con mi padre.

–¿Seguro?

–Seguro.

Ella lo miró con nerviosismo.

–Por favor, no te enfades conmigo por esto –le pidió–. Sé que no querías que se lo contase, pero era la única manera de evitar que cometieses un terrible error.

–Lo entiendo.

Y lo entendía. Sabiendo cómo era Laney, debía de haber pensado que podía cambiarlo, que podía salvarlo.

–No podrías haberlo hecho de manera diferente.

–Exacto –le dijo ella, sonriendo, con los ojos húmedos–. Te quiero. Mucho.

Levantó la mano y le acarició la mejilla y él se estremeció. Sintió ira, pesar, deseo y vacío. ¡Se sentía completamente vacío!

–Benito está fuera. Espérame en el coche –dijo, obligándose a sonreír–. Hay aire acondicionado.

–Está bien, pero dale la oportunidad de que se explique.

Él asintió. Tenía un nudo en la garganta, le costó hablar.

–Adiós, Laney.

Ella le tocó el hombro antes de salir de la habitación. Kassius se acercó a la ventana y la vio ir hacia el coche y hablar con Benito.

Se dio la vuelta. No podía presenciar lo que iba a ocurrir después.

–¿Cash?

Se giró a mirar a su padre.

–¿Qué fue de ti? –susurró el hombre, mirándolo como si se tratase de un fantasma–. Cuando por fin me hice con tus cartas, fui

corriendo a Estambul, pero nadie te conocía allí…

–Ah, ¿al final fuiste? –inquirió él en tono frío–. Me pasé cinco años escribiéndote.

–Mi mujer me ocultó las cartas. Solo me las dio después del divorcio…

–Sí, tu mujer –rugió él–. Mamá siempre te defendió a pesar de que la habías engañado.

–Tienes razón. Cuando me enamoré de ella ya estaba atrapado en un matrimonio en el que no había amor. Y se lo oculté, porque si no ella jamás me habría mirado a la cara.

–Eso es cierto. Te habría mandado al infierno.

–Quería casarme con ella –continuó Boris–. Lo deseaba desesperadamente, pero mi mujer se negaba a divorciarse.

–Mentiroso.

–Es la verdad –respondió el otro hombre con voz temblorosa–. Se lo rogué, pero no quería. Intenté conseguir dinero rápidamente para convencerla, pero tardé demasiado.

–Y mientras tanto le hablabas a mi madre de la maravillosa casa que le comprarías algún día.

–Quería comprarle una casa. Quería vivir contigo, ser tu padre. Tu héroe. ¿Recuerdas cuando jugábamos a que éramos gladiadores romanos y tu madre se enfadaba porque te tenías que ir a dormir…?

Kassius creyó recordar algo. Sintió dolor. El dolor de un niño que se había sentido abandonado por su padre.

–Nos dejaste. Pasaron cinco años y no tuvimos noticias tuyas…

–Ella no me dejó. Cuando tu madre se enteró de que estaba casado con otra mujer, me pidió que saliese de vuestras vidas para siempre. ¡Ni siquiera me permitió mandarle dinero! Así que volví a Moscú, decidido a conseguir el divorcio de Tania. Jamás pensé que tardaría cinco años. Y entonces ya era demasiado tarde. Tu madre ya había muerto.

–Por tu culpa.

Boris se pasó las manos por el pelo cano.

–No supe que Emmaline estaba enferma. Hasta que ya era demasiado tarde.

–No obstante, mereces ser castigado.

Su padre lo miró fijamente.

–Ya fui castigado. He pasado todos estos años solo, echándoos de menos. Cuando volví a Estambul ya no pude encontrarte. He pasado todos estos años buscándote. Pensé que habías muerto.

–Le destrozaste la vida.

A Boris se le llenaron los ojos de lágrimas, parpadeó con fuerza.

–Pensé que envejeceríamos juntos. No he amado a otra mujer en toda mi vida. Siempre quise volver con ella, pero pensé que tendríamos más tiempo…

Se le quebró la voz.

Kassius se negó a sentir pena por él.

–Perdóname, Cash –le suplicó–. Solo os quería a vosotros, pero lo perdí todo. Solo me queda esta casa. Es lo único que me queda de ella. Se lo había prometido…

Kassius no se sintió triunfante, se sintió vacío. Boris Kuznetsov era un hombre mayor, que lo había perdido todo.

Un recuerdo lejano lo asaltó. Su padre enseñándole a luchar con una espada en una calle de Estambul. Su padre enseñándole a ser gladiador. Había sido feliz. Había estado orgulloso de su padre. Su héroe.

Recordó las palabras de Laney:

«Me sentía muy, muy infeliz y no quería sentirme así. Así que decidí perdonarla. Decidí recordar los buenos momentos. Decidí amar…».

«No». Se le hizo un nudo en el estómago. No podía pensar en Laney en esos momentos.

Su teléfono vibró en el bolsillo. Vio el número de Laney.

–¿Sí?

–¿Qué está pasando? –preguntó con voz temblorosa–. Benito me ha obligado a entrar en el coche. Dice que me llevan al aeropuerto para que vuelva a Nueva Orleans. No lo entiendo.

Kassius apretó la mandíbula.

–Se ha terminado. Te enviaré una manutención, nada más. Mi abogado ya está redactando los papeles del divorcio.

En la habitación, su padre tomó aire a la vez que Laney.

–No puede ser –dijo ella con un hilo de voz–. Tú no eres tan… cruel.

–Es culpa tuya, Laney. Solo tuya.

–Kassius…

Entonces se oyó un grito, el chirriar de los frenos del coche, un estallido. Y nada más. Silencio. Hasta que la línea empezó a pitar.

–Te equivocas tratándola tan mal –le dijo su padre–. Lo único que ha hecho es quererte e intentar acercarnos.

–¿Quererme? –inquirió él–. ¿Qué sabes tú de eso?

–Sé lo que es perderlo –respondió su padre con lágrimas en los ojos.

–Mi gerente me ha informado de que has cancelado el préstamo que ibas a firmar para esta casa, pero aun así…

–La casa es tuya.

–¿Qué?

–Es lo último que me queda. La construí para tu madre. Es tuya, Cash.

Kassius no supo qué decir.

–Disfruta de ella mientras puedas –replicó, dándose la vuelta para marcharse–. Mis abogados seguirán en contacto contigo.

El cielo se había llenado de nubes y estaba empezando a llover.

Tal y como él había ordenado, se habían llevado a Laney en la limusina y él se había quedado con el deportivo. Se alegró de que fuese así. No era un coche seguro cuando llovía y no quería que Laney corriese ningún riesgo…

Entonces se acordó de que Laney ya no era su problema, no volvería a verla jamás. Tampoco vería nacer a su hijo. Sintió que se le rompía el corazón. Había abandonado a Laney y a su hijo.

Lo mismo que la madre de Laney le había hecho a ella.

Lo mismo que su padre le había hecho a él.

Kassius sacó el teléfono, pero se dijo que no podía llamarla.

Entonces el teléfono sonó. Era su guardaespaldas.

–Jefe, hemos tenido un accidente. Acaban de llegar la policía y una ambulancia. Lamont ha muerto… Yo creo que eso que estaba bebiendo era alcohol y…

–Pásame a Laney.

Hubo un silencio.

–No puedo. La están evacuando en helicóptero para llevarla al hospital Princesse Florestine. No saben…

Se le quebró la voz.

–Lo siento, jefe. No saben si el bebé y ella van a sobrevivir.

Kassius sintió que se mareaba, se apoyó en el coche. Entonces se dio cuenta de que su padre lo había seguido y que estaba a su lado, bajo la lluvia, mirándolo con los ojos muy abiertos.

Se metió en el coche y condujo a toda velocidad hasta llegar al hospital.

Una vez allí, no dejó de correr ni de gritar hasta que consiguió que una enfermera le hiciese caso.

–¿La mujer que ha llegado en helicóptero? Lo siento, *monsieur*. Llega demasiado tarde.

Capítulo 9

Demasiado tarde? –rugió una voz de hombre a sus espaldas–. ¿Y se lo dice así, en el pasillo?

–¿*Monsieur*? –dijo la enfermera, poniéndose tensa.

–¿Han muerto mi nuera y mi nieto? –preguntó su padre.

–Baje la voz, no estamos…

–Los han traído aquí. O permite que mi hijo vea a su esposa o busca a un médico que pueda darle una explicación.

–Pasen a la sala de espera, por favor, buscaré a un médico.

Kassius pensó que no podía aguantar más sin saber si Laney estaba viva o muerta.

–No vamos a ir a ninguna parte hasta que no sepamos dónde están –insistió Boris.

La enfermera suspiró.

–Su esposa está en el quirófano –le dijo a Kassius–. Por eso le he dicho que era demasiado tarde. Le están haciendo una cesárea para intentar salvar al bebé…

–Entonces, ¿está…?

–No puedo decirle más. Ahora, vayan a la sala de espera. Buscaré a un médico.

Kassius sintió que se moría mientras esperaba noticias de su mujer e hijo.

–Es una luchadora, hijo –lo animó Boris–. Te quiere con todo su corazón. Luchará para seguir contigo.

–¿Por qué iba a hacerlo? –replicó él–. Le he dicho que no quería volver a verla. Me sentía traicionado por ella y le he dicho que me voy a divorciar. Bueno, ya me has oído.

Su padre tomó aire.

–Estabas enfadado. Ella sabe que no hablabas en serio.

–¡Sabe que hablaba en serio! –le aseguró Kassius, sintiéndose fatal.

Habría dado su vida por poder abrazarla y decirle que la quería.

Porque la quería.

Pero tal vez se hubiese dado cuenta demasiado tarde.

Kassius miró a su padre.

–Gracias –le dijo–. Por estar aquí.

–Hijo –respondió él–, no podría estar en ningún otro lugar.

–*Monsieur* Black?

El médico acababa de llegar. Ambos se pusieron en pie. Kassius sintió que se tambaleaba.

–Su esposa… está fuera de peligro, pero todavía bajo el efecto de la anestesia. Se ha roto múltiples huesos y ha perdido mucha sangre. Si el impacto hubiese sido un poco más a la derecha, o si el helicóptero hubiese tardado algo más en llegar, habríamos podido perderlos a los dos.

A Kassius se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿Y mi hijo? ¿Está bien?

El médico sonrió.

–¿Le gustaría verlo?

Laney abrió los ojos, como si acabase de despertar de un sueño.

El sol entraba por todas las ventanas y allí, dormido en una dura silla, a su lado, estaba Kassius.

–Kassius –lo llamó.

Él abrió los ojos, se inclinó hacia delante y le agarró la mano.

–Estás despierta. Gracias a Dios –comentó–. Vaya noche.

Ella tardó un par de segundos en darse cuenta de que estaban en un hospital.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó.

–¿No te acuerdas?

Lo último que recordaba era haberse puesto las manos sobre el vientre y…

–¿Dónde está mi bebé? –gritó.

–Shh… está bien.

Kassius se levantó y se acercó a la cuna que había al otro lado de la habitación. Sacó al niño de ella.

–Está aquí –respondió, poniéndoselo en los brazos.

–¿Está bien? –preguntó ella.

–Está bien. Hemos tenido suerte. Yo he tenido suerte, de tener otra oportunidad.

–Entonces… ¿me perdonas? –preguntó Laney esperanzada.

–Tenías razón en todo –admitió él–. En todo. Me tienes que perdonar tú a mí. Me he pasado toda la noche hablando con mi padre en la sala de espera…

–¿Está aquí?

–No ha querido dejarme solo. Lleva todos estos años odiándose

a sí mismo por haber mentido a mi madre. Y no sabía qué había sido de mí.

–Entonces, ¿lo perdonas?

–¿Cómo no lo voy a perdonar? Cometió un error. Y yo también. ¿Me perdonas tú a mí? ¿Por favor?

–Amor mío, claro que sí –susurró ella.

–Te quiero, Laney. Y te prometo que viviré el resto de mi vida dedicado a ti.

–Te quiero –susurró Laney también, con los ojos llenos de lágrimas.

Kassius se inclinó hacia ella y la besó.

Epílogo

Cuatro meses después, había llegado la Navidad a la Riviera francesa, inundándolo todo de luz y de color.

Y allí estaban todos, celebrándola en la villa rosa de Boris, que había sido redecorada.

–¿No te parece que mi novio es estupendo? –le preguntó Yvonne a su nieta en la cocina.

–Sí. Le cae bien a todo el mundo, abuela.

Laney oyó a su hijo balbucear y lo levantó de la hamaquita en la que estaba para hacerlo girar.

–¿Cómo está Henry Clark? –preguntó su abuela en tono cariñoso.

–Le encanta la Navidad, ¿verdad, Henry? –dijo ella riéndose.

–No me puedo creer que ese marido tuyo le haya comprado un cachorro de regalo. ¡Un cachorro para un bebé!

–Me parece que el perrito no es precisamente para el niño –comentó Laney sonriendo–. Kassius está deseando que lo traigan mañana. ¡Dice que es la mejor Navidad de toda su vida!

–Espera a que pase una Navidad en Nueva Orleans –dijo Yvonne–. Después de tantos meses viajando, estoy deseando volver a casa.

Acababan de terminar la casa de la avenida St. Charles e Yvonne y Clark se iban a mudar a ella. También había una zona de invitados que ocuparían Kassius, Laney y Henry cuando fuesen de visita. Aunque todavía estaba por ver si Clark iba a volver a Nueva Orleans.

Después de varios meses en la mejor clínica de Atlanta, había recuperado parcialmente la visión. Laney había llorado al verlo por primera vez con su hijo en brazos.

Para Navidad, Clark había ido acompañado de su novia, Jeanie, una enfermera de la clínica.

Incluso el padre de Kassius parecía haber rejuvenecido quince años.

Laney miró a su familia, que estaba sentada alrededor de la mesa y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Después de tantos años difíciles, todos eran felices. Y estaban juntos. Un

milagro de la Navidad.